JOSEFINA MAYNADÉ

ORFEO

Y LA CÍCLICA EXPEDICIÓN DE LOS ARGONAUTAS — ORÍGENES DE GRECIA Y DE LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

COLECCIÓN
«ASTROLOGÍA CÍCLICA»

VOLUMEN 5

B. COSTA-AMIC, EDITOR
MÉXICO, D. F.

ORFEO

LA GRAN civilización occidental que nos sustenta, actualmente en una nueva fase de renacimiento cíclico debido al traspaso de una a otra Era de onda zodiacal obedeciendo a una nueva oleada de vida cósmica, amaneció cuando el Sol, por precesión, rozaba en primavera el signo de Aries, el Cordero solar.

Por ello Josefina Maynadé en forma interesantísima y con amplia información, ha glosado e interpretado en este libro el fenómeno más aleccionador y elocuente de tal período histórico, el mito griego de los Argonautas.

Así, a través de una amena lectura, pone Josefina Maynadé de manifiesto como Orfeo, con Moisés padre espiritual de la civilización europea y, en cierto modo, de la americana, fue el producto, la flor electa de otra gran civilización anterior de origen atlante, la egipcia.

B. COSTA-AMIC, EDITOR
Mesones, 14 México 1, D. F.

O R F E O

«COLECCIÓN ASTROLOGÍA CÍCLICA»

DIRIGIDA POR

JOSEFINA MAYNADÉ

TÍTULOS PUBLICADOS:

— EL HORÓSCOPO DEL MUNDO (La Clave Astral de la Historia y la Era de Acuario que comienza).

— ASURAMAYA (El Gran Astrólogo Atlante) Con el hundimiento y tragedia de la Atlántida.

— FARAONAS Y SACERDOTISAS DEL ANTIGUO MATRIARCADO EGIPCIO (A partir de su fundación por los grandes Reyes Divinos).

— MOISÉS (Su adopción, con estudios e Iniciación en Heliópolis. Mentor del pueblo de Israel. Avatar del mundo occidental).

— ORFEO Y LA CÍCLICA EXPEDICIÓN DE LOS ARGONAUTAS (Orígenes de Grecia y de la Civilización occidental).

JOSEFINA MAYNADÉ

ORFEO

Y LA CÍCLICA EXPEDICIÓN DE LOS ARGONAUTAS

(ORÍGENES DE GRECIA Y DE LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL)

COLECCIÓN
«ASTROLOGÍA CÍCLICA»

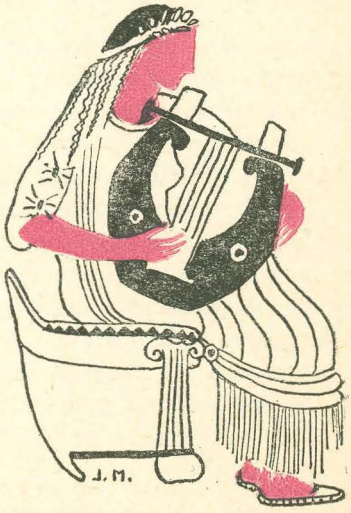
VOLUMEN 5

B. COSTA-AMIC, *Editor*
CALLE MESONES NÚM. 14
MÉXICO (1), D. F.

DERECHOS RESERVADOS © 1967 POR EL AUTOR

IMPRESO EN MÉXICO / *PRINTED IN MEXICO*
TALLERES DE B. COSTA-AMIC, EDITOR / MESONES, 14
MÉXICO (1), D. F.

PROEMIO



El momento histórico-legendario de la Expedición de los Argonautas —los heráclidas *o jóvenes iniciados griegos que fueron a la Cólquida Asiática—, señala, astrológicamente, el inicio de la civilización occidental.*

Esa contribución de la teoría astrológica cíclica a la exégesis del mito, es altamente esclarecedora de la verdad histórica. Y en estos momentos críticos de traspaso que vivimos, constituye un fenómeno de acercamiento a los altos móviles de la evolución de la humanidad.

Consideramos extraordinariamente aleccionadora la glosa del mito de los Argonautas no sólo como hito de una civilización, la nuestra, actualmente en trance de renacimiento, sino como confirmación de esa clave cíclica cuyo estudio tanto contribuye al conocimiento de la época que nos ha tocado vivir.

El enfoque, pues, de esa altísima personalidad avatárica de ORFEO que hoy presentamos, tiene una finalidad específica, un encuadre máximo, dentro del complejo panorama de la civilización occidental y de su propia filosofía trascendente. Así que esa modalidad del estudio órfico, corre parejas con el que hemos realizado de Moisés,[1] *su compañero de estu-*

---

[1] Editado, dentro de esta serie, por Costa-Amic. México.

dios y de pruebas iniciáticas en el Delta egipcio, que compartió también su misión de Enviado cíclico en la hora inicial de nuestra historia.

Mas, si el centro epigráfico de la siembra cíclica mosaica fue el Asia próxima mediterránea, el de Orfeo fue todo el territorio de la Grecia continental, sus islas y sus territorios coloniales del este y del oeste.

Según el testimonio de Herodoto, el padre de la historia y de Diodoro Sículo, la Cólquida Caucásica emplazada al extremo éste del Ponto Euxino fue, desde la más remota antigüedad, una limitada colonia egipcia compuesta por sabios sacerdotes especializados en la ciencia de los astros y en posesión de todos los secretos del saber oculto heredados de los atlantes. Aquella comunidad poseía allí, en aquel lugar especialmente ambientado, un Santuario de verificación astral donde se preparaban y otorgaban las enseñanzas, las investiduras cíclicas y los talismanes vitalizadores de su idonea y específica labor. Ciertamente, las investigaciones astrológicas y ocultas han confirmado la sintonización vibratoria de aquel lugar de privilegio, con el signo de Aries que alumbró, merced a esos dos mencionados avatares o Encarnaciones divinas, Moisés y Orfeo, nuestra civilización occidental.

Allí, en aquel solar de elección, excepcionalmente dinamizado, tenían lugar, se trasmitían, previas las pruebas simbólicas de aptitud, el arte y la magia de las sintonizaciones astrales, el lenguaje operativo de las estrellas y las características que la Era amaneciente debía imprimir al mundo: su religión, la organización de la nueva sociedad, sus costumbres, la fórmula inédita de sus tradiciones.

Sin ese vehículo de tan gran poder, capaz de energizar los lugares elegidos para su florecimiento, la

civilización de Grecia no hubiera tenido lugar y como consecuencia, toda la actual civilización europea y americana. Porque la promesa de la civilización futura se hallaba allí, en la lejana Cólquida y allí fueron los Argonautas, impuestos de su misión histórica, a buscar la investidura del nuevo signo y el celeste talismán del poder: el Vellocino de Oro de la leyenda.

En tal sentido, el mito de los Argonautas se sitúa, alumbrado con la clave de la astrología cíclica, entre los más trascendentales de la protohistoria de la Grecia antigua y aun del mundo moderno. Ya que en verdad, en la astromítica o exégesis del mito —a la luz de la astrología—, de los Argonautas con su mentor espiritual Orfeo, es tan revelador de una época de trascendentales realidades históricas y ocultas como el relato bíblico del Exodo de Moisés lo es de la fracción complementaria de la civilización occidental. Y ambos aspectos tenían lugar, conjuntamente, en los albores del ciclo de Aries, cuando el Sol, por precesión, comenzaba a pulsar el signo zodiacal del Cordero, hace aproximadamente 4,300 años.

* * *

Orfeo, la gran figura que nos ocupa y que centra el mito astrológico de los Argonautas, era un príncipe tracio, hijo del rey Eagro y de la reina Calíope. Esta, por sus méritos e inclinaciones llevaba el nombre de la Musa de la elocuencia y de la poesía trascendente épica o histórica.

Desde muy joven, reveló Orfeo sus preferencias místicas y su natural poético en contraposición a su categoría de príncipe heredero de un dilatado reino. Por ello su padre, el rey, decidió enviarlo a Egipto a

instruirse y a recibir la investidura sagrada para la mejor orientación de su futuro destino.

Y de acuerdo con la voluntad paterna y siguiendo su propia inclinación, embarcó hacia el país de la sabiduría, regado por el sagrado Nilo.

Allí recibió el joven príncipe el bautizo estelar y el nombre. Ya que Orfeo en sus orígenes —nombre latinizado de Horus*—, era la Tercera Persona, avatar divino de la Trinidad egipcia compuesta por Osiris, Isis y Horus. Y* Phe *o* Pho, *en lengua copta o popular de Egipto primitivo significa* engendrar. *O sea, que en el sentido interpretativo esotérico, el nombre de Orfeo recibido por el poeta griego en los Misterios heliopolitanos, quiere decir:* Engendrado por Horus, *lo que equivale a* Enviado Cíclico *o* Encarnación Divina.

Indudablemente, el hito más destacado de la vida del príncipe tracio fue la expedición de los Argonautas, de la que significó el místico mentor. Desde el Santuario egipcio tuvo esa insinuación referente a su futuro destino. Allí recibió la investidura y el aleccionamiento como Avatar Cíclico de la Era Naciente y fue ungido por los astros con miras a la trascendental misión que le esperaba. Y le fue transferida la Gracia para atraer a cuantos debían servirle de colaboradores, especialmente, para que abriera los ojos a los jóvenes héroes e iniciados griegos sellados para la gran obra que requería el mundo y para sumarlos a los fines de la gran empresa, para unirlos al trabajo creador de un nuevo ciclo de civilización de la humanidad.

Orfeo imprimió a la incipiente religión de los griegos y a su unión espiritual posible, la ciencia astrológica de sus mitos, sus significados, sus poderes; a la belleza de sus relatos, la ética, la sabiduría y el hermetismo egipcios; a sus símbolos, la hermenéuti-

ca o claves de la unión mística del alma con su divinidad a través del superintelecto —nous— *y del fuego resplandeciente del espíritu dionysíaco, que Orfeo haría efectivo y actuante, ya que el signo que presidía la Nueva Era, poseía, por característica vibratoria, el fuego exaltador del entusiasmo, la manifestación más eleveda del puro Espíritu.*

Con ese alumbramiento, sabía Orfeo que se podía lograr la unificación de todas las deidades dispersas en una sola divinidad esencial, de la que todas las leyendas divinas dimanaban. Así, todas las fes nacientes derivaban del poderoso caudal de un monoteísmo consolidado por la misión de todos los divinos sembradores cíclicos. Coronando las toscas ideologías tribales, sin menguas, sin luchas ni combates contradictorios, las almas mejor dotadas podían alcanzar el objetivo superior común capaz de lograr, como consecuencia, la más meritoria suma de pueblos enlazados por una confederación de gobiernos y de ideales.

No olvidemos, sin embargo, que aquel logro heroico alcanzado por Orfeo en los orígenes de occidente, no pertenece sólo a un período histórico periclitado, sino que su honda experiencia pertenece a todos los tiempos, al eterno presente de la humanidad.

Pensemos que al revivir aquella experiencia, nos incorporamos aspectos que ahora nos faltan para dar otro paso experimental y cíclico, para asimilarnos el proceso vital, la corriente oculta que circula por nuestras venas. Sería éste un momento crucial fallido, si no comprendiéramos la razón profunda de una experiencia que informa nuestro propio presente histórico. Ya que el sin fin *de los tiempos integra el* ahora.

Con ese bagaje experimental, podremos afrontar con conocimiento de causa y con armónica serenidad, el momento caótico de traspaso que ahora vivimos,

cuando el Sol, en su lento movimiento precesional, inaugura el nuevo ciclo zodiacal de Acuario. Por ello, volvemos a debatirnos en un alud de fuerzas revulsivas, aparentemente ciegas, caóticas, impetuosas, intensas, ardientes y destructivas. Pero cuando ese caos se vaya sedimentando, la ley de los comienzos cíclicos nos traerá una nueva primavera del mundo, con el pleno regalo de su floración prodigiosa e inédita.

En tales críticos períodos de traspaso de una a otra Era zodiacal, conocer las esencias del pasado en sus formas vivientes, establecer parangones con los periódicos ciclos anteriores con un ansia de conocimiento y asimilando al máximo su significación, es de un provecho esencial, formativo, altamente orientador.

Desde la aparición de Orfeo en el ciclo ario, que originó el mito astrológico de los Argonautas y dio nacimiento al esplendor de Grecia y a la civilización occidental, otro ciclo de signo zodiacal ha amanecido: el prosiguiente de Piscis. Entonces, el oculto fenómeno del Descendimiento fue operado sobre el mismo solar mediterráneo, unos 2,160 años después de la siembra espiritual de Orfeo y de Moisés

Pero no olvidemos que el fenómeno espiritual mas destacado de tales traspasos es el "bautizo sideral del signo amaneciente" que implica la vinculación sobre el lugar más sensible de la Tierra, de la energía revitalizadora del Universo, capaz de renovar el aura del mundo, gastada, desvitalizada y envejecida por la decadencia del signo anterior caducado.

Sin comprender ese proceso cósmico de tan honda y sabia significación mediante la Astrología Esotérica y Cíclica, ¿cómo vamos a comprender y a descifrar el significado de la hora que vivimos y su valencia eterna?

¿Con qué herencia, depósito enriquecedor; con qué conciencia afrontaremos el requerimiento de los tiempos que se inician con signo nuevo? Y si no comprendemos el significado de nuestra época, ¿cómo podremos amarla? Y si no la amamos, que es la mejor manera de incorporárnosla, en su dulce y profunda integridad, ¿cómo podremos contribuir a la formación del hombre y de la mujer nuevos, a su paz, a su iluminación, a su felicidad?

J. M.

CAPÍTULO I

ORFEO

Orfeo era un mozo de gran prestancia y hermosura, más bien alto, de graciosos gestos y bien proporcionados miembros.

Su rostro era de facciones correctísimas. Tenía la nariz recta y firme y brotaba recia de su frente saliente, de protuberantes sienes. Y ofrecía un singular contraste el color oscuro y bronceado de su piel con sus claros ojos azules y su ondulada cabellera rubia.

Vestía habitualmente a la usanza de su tierra tracia: una corta túnica sujeta con ancho cinto al talle bajo una clámide purpúrea prendida al hombro izquierdo, que llevaba siempre al desgaire pero con natural elegancia. Calzaba botas altas de montura hasta cerca de la rodilla o bien sandalias trenzadas con bandas doradas hasta media pierna.

Su aspecto era, aparte su belleza, excepcionalmente atractivo y gentil. Sus maneras, suaves. Pero lo que más cautivaba de toda su persona era su voz. Una voz varonil, pero de áureo timbre, dulce y armónica, por la que era conocido como "el Príncipe Poeta" o "el Cantor de Grecia".

Mas, sobre todas estas cualidades nativas y externas de excepción, brillaban en Orfeo luces interiores, facultades auténticamente excepcionales; virtudes tan completas, tan encantadoras, tan ricas y afirmadas junto a tan complejas aptitudes y disposiciones, que todo ello daba fe de una condición humana tan excepcional, tan selecta, unida a un ideal tan elevado, que, desde muy joven le valieron el interés no sólo de su padre el rey Eagro, sino de los nobles de su país en pro de otorgarle una educación completa que uniera, a la plena manifestación del espíritu, una inteligencia desarrollada y abierta, ya que todos por igual barruntaban, suspensos ante el joven Príncipe, que era un ser elegido por el Hado para desempeñar alguna extraordinaria misión en el mundo.

Y lo mandaron a educar a Egipto, el país de la sabiduría. Allí se plasmó su personalidad y allí afloró su espíritu. Allí fue preparado para su altísima misión cíclica.

Sobre ser sumiso y disciplinado, su carácter firme y alegre le granjearon desde el primer momento el amor de sus compañeros al que siempre correspondía.

Por ello, lamentaba con todo su corazón la prueba acaecida a su amado compañero Isarship, al que desde entonces llamaban Moisés los de su raza y el castigo a que se hiciera acreedor.

Pero no era sólo Orfeo el que lamentaba el luctuoso acontecimiento. Era todo el colegio sacerdotal de Heliópolis y los maestros de la Escuela de Sabiduría así como las jerarquías intermedias y todos sus compañeros de iniciación y de estudio.

Mas un extraño lazo invisible unió siempre las almas de Moisés y de Orfeo, aunque a ambos les fuera difícil, entonces, colegir el por qué.

Ahora Orfeo lo sabía. Era para él como si, de pronto, se hubiera descorrido un velo... Recorda-

ba aquella primera tarde, tan depresiva para él, después del lamentable incidente y el crimen. Para vencer su depresión, salió solo por las sendas florecidas que circundaban el sagrado recinto de Heliópolis, tan bellas en la dilatada tarde egipcia y que acostumbraba recorrer en la íntima, estimuladora compañía de su malhadado amigo Moisés.

¡Oh! ¡Aquellos inolvidables paseos, aquel departir juntos, en calma, siguiendo las veredas de poniente que marginaban el río de suave corriente y que reflejaba las últimas luces del horizonte!

Algo inusitado, lo presentía, había quebrado inexorablemente sus destinos. Y en su extrema sensibilidad, experimentaba, involuntariamente, una dolorosa nostalgia. Era como si una especie de envolvente torbellino le hiciera en cierto modo propios los acontecimientos que habían determinado la huida de Isarship y le avasallara oprimiendo su corazón. Y el bello y rubio mancebo tracio, iba exclamando:

—¡Ya no nos veremos más!... Era incomparable; ¡tan profundo, tan sabio, tan buen compañero!... ¡Cuántas veces me ayudó con sus lecciones y sus consejos! ¡Qué entereza, qué gran carácter el suyo! Yo me he sentido siempre muy inferior a él en voluntad y fortaleza. A veces, me siento débil como una mujer... Acaso lo lleve en la sangre. Pertenezco a una raza que ensalza el andrógino, en tanto que los egipcios y los hebreos...

Llegada la noche, así discurriendo, no podía conciliar el sueño. Asomóse al alto ventanal de su aposento, que daba al río y contempló la dilatada cinta fluvial, madre nutricia de Egipto, bañada de luz de luna.

¡Cuánta dulzura, cuánta belleza, cuánta paz emanaba del ambiente callado, levemente sonoro, de la vida rumoreante y oculta entre las verdes orillas del

Nilo donde se ocultaban las ranas de periódico croar, donde el chapotear de los ibis despiertos y taciturnos y la brisa acariciaban los juncos y los papiros tiernos! Y las nítidas perspectivas nocturnas, los caseríos dormidos, las cordilleras agigantadas por la sombra, los suaves matices de las huertas, los frutales y los campos de gramíneas...

¿Dónde se hallaría Isarship, entonces? ¿Acaso durmiendo, solo y abandonado, sobre las dunas del lejano desierto, agotado por el cansancio y la sed?

—¡Pobre Moisés, amigo entrañable y nobilísimo! —exclamó en voz baja Orfeo.

Y para no ceder al "pecado de tristeza", como decía el propio Isarship, salió el Príncipe tracio de la habitación, tomó su acordada lira, la templó, la acarició un buen rato con los ojos cerrados bajo la luz clara de la luna llena y bajo las intermitentes sombras malvas de las columnas de granito rojo que rodeaban el patio exterior del Templo, cantó un himno al amor hermano a los acordes armoniosos del instrumento de su fabricación, cuyas cuerdas se hallaban sintonizadas con los astros.

Tras el dulce y melancólico poeta rubio, una voz solemne puso su grave son como dilatada coda al elegíaco canto del poeta entristecido.

—No te entristezcas, Orfeo, hijo mío —dijo la voz solemne del gran Hierofante, también como él meditabundo y desvelado—. Tratemos ambos de no lamentar, sino de comprender el sabio lenguaje de la vida. A veces, la Divinidad aprovecha una aparente torcedura de sus fieles consagrados, para trazar una recta, determinada senda en su destino futuro. Los astros habían anunciado a Isarship el cumplimiento de una altísima misión cíclica. Ciertamente, según las leyes civiles y aun las religiosas de este

país, Isarship, un Iniciado de tan alto signo, caído en la bajeza de un crimen, era un condenado a muerte por tan grave infracción. ¡Asesinar a un hombre, a un hermano...!

Y en tanto el gran Hierofante cerraba apretadamente sus párpados para no dejar escapar las lágrimas, de la lira de Orfeo brotó un armonioso lamento.

La voz profunda, prosiguió:

—Pudo evadir la ley escapando, ausentándose más allá de nuestras fronteras. Allí no le alcanzará la justicia de los hombres. Debemos alegrarnos. La semilla que hemos depositado en su espíritu, fructificará. Pero será menester que purifique con duras penitencias su transgresión y su pecado. Tendrá que doblegarse a las puniciones decretadas por los padres de su raza. Pasará tiempo, mas algún día... —aquí la faz grave del Hierofante insinuó una sonrisa y prosiguió, cambiando el tono de su voz—: Es maravilloso ese hebreo. Su propio pueblo avasallado lo adora; cree en él... ¿Quién sabe los decretos del Destino, la forma en que se cumplirá el místico vaticinio? Y no es él sólo el anunciado avatar o encarnación divina de la Era zodiacal que se inicia, no... Hay otro... Una gran civilización florecerá por decreto estelar a orillas del Mar que alimenta el Delta egipcio. Un gran pueblo de tribus dispersas, espera a su cíclico conductor para unirse bajo su égida religiosa, política y filosófica. Y este gran pueblo, se llamará Grecia...

Orfeo, sin decir palabra, abrió los brazos en cruz. El sumo Hierofante, prosiguió:

—¡Prepárate por tanto, Orfeo! ¡Alégrate de haber nacido en la Tracia norteña!

Entonces el anciano sacerdote aproximóse más a su discípulo amado y con voz velada por la emoción, añadió, espaciando sus palabras:

—Escucha ahora las palabras proféticas pronunciadas recientemente por la sacerdotisa vidente de este templo, en estado de trance y asistida por la Estrella de las Anunciaciones: "De este Santuario de Heliópolis fundado y velado por los antiguos Reyes Divinos, saldrán dos grandes guías de la humanidad al iniciarse la Era del Cordero Solar. Uno, de sangre hebrea conducirá al éxodo liberador a su pueblo cautivo en las orillas del Nilo. El otro, de sangre real, nacido en las tierras boreales de la Grecia naciente, realizará la unidad de sus pueblos dispersos y creará la gran civilización occidental."

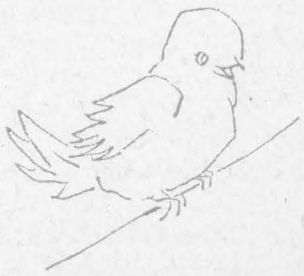
Un gran silencio siguió a estas proferidas palabras. Al fin, inclinó Orfeo la rubia cabeza ante el venerable Sacerdote y depuso, como un arma, su embrazada lira.

Entonces, el imponente anciano se situó al lado de su discípulo y tendiendo el brazo hacia el noroeste prosiguió en tono más familiar:

—Según la mística tradición, Osiris, el dios antropomorfo, el que preside las iniciáticas investiduras, el que confiere la inmortalidad a través de la "tumba abierta" incorporándose al hombre resurgido de las tinieblas de la inconsciencia, tuvo su cuna allí, en el Monte Nyssa. El mismo dios de los Misterios griegos, Dionysos, encarnará también allí, procedente de una cuna telúrica común. ¿Comprendes, Orfeo, hijo mío? En su nombre será tu misión por las tierras vírgenes que unirás integralmente... Una alta unidad celeste os une bajo la guía del dios común. Que si tu amado compañero Moisés se prepara para conducir a la liberación a su gran pueblo esclavo, tú partirás también hacia tu patria norteña, donde te espera el complemento de esa comunión cíclica decretada por los astros. ¡Reálzate, pues, hijo mío, que los Padres de la Nueva Era te asisten y te

inspiran! Dentro de dos días, partirás de este puerto heliopolitano en una nave egipcia. Y por la Boca Canópea de nuestro Delta te dirigirás tú y tus compañeros de misión a Delfos donde actúa el oráculo de Apolo, el dios solar que preside el coro de astros que lo circundan y cuyas notas vibran en las cuerdas de tu lira. Invoca su fuerza y te asistirán los Espíritus planetarios y su Señor, el Padre Sol, el que traza en sus oráculos las majestuosas sendas astrales... ¡Abrete a su voluntad y que su luz te guíe! ¡Bendito seas para siempre, hijo mío!

Maestro y discípulo se abrazaron.



CAPÍTULO II

LA ERA DEL CORDERO SOLAR

Uno de los guardias del Palacio que fuera del noble Rey Eason, expulsado por su hermano Pelias que actuaba a la sazón como Rey legítimo de Tesalia, penetró en el vasto campo de entrenamiento y deportes situado en un extremo de los jardines palaciegos y dirigiéndose a Jasón, díjole estas palabras:

—Jasón, mi Príncipe; En la puerta de Palacio te esperan dos jóvenes peregrinos que se dicen amigos tuyos. Desean verte.

—¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? —requirió Jasón sin dejar de tensar su apuntado arco.

—Lo ignoro, en verdad. Dicen venir peregrinando desde Delfos.

—¡Delfos! —exclamó, sorprendido, el joven atleta. E inmediatamente se desprendió del carcaj y del arco inmenso en tanto decía al guardia anunciante—: ¡Voy en seguida!

Precedido del heraldo, atravesó los bellos jardines regios que con tanto amor cultivara su padre y salió por la verja dorada que cerraba el portal del jardín del Palacio.

Dos hombres jóvenes, modestamente vestidos de peregrinos con su rústico manto terciado, su ancho sombrero, sus altas botas andariegas y por todo equipaje su zurrón pendiente al hombro y su bastón de

peregrino, se hallaban de pie, esperando, junto a la puerta principal del Palacio.

Al divisar a Jasón, uno de ellos se adelantó y tendiendo hacia el Príncipe ambos brazos, exclamó:

—¡Jasón! ¿No me reconoces?

Jasón reconoció, si no la figura, la voz. Y corriendo hacia el recién llegado, lo abrazó efusivamente. Luego lo apartó para mirarlo. Y riendo exclamó festivamente:

—¡Mopso querido! ¿Quién reconocería, tras esas barbas, esas melenas, ese largo cayado de caminante, ese atuendo peregrino, al famoso adivino y mentor del Santuario de Delfos, al ilustre nieto de Tiresias?

—Son mis armas de profeta errante e ignorado... No olvides que como mi madre Manto y mi gran abuelo, mi sino es vagar por tierras y ciudades, eterno migrador profético, sembrando el grano de la resurrección espiritual. El oráculo délfico me ordenó... Pero no te he presentado a mi compañero, recién llegado de Heliópolis. En su Santuario-Escuela ha sido iniciado e instruido. Es Orfeo, el Príncipe tracio...

Jasón contempló, sorprendido y admirado, a aquel joven bellísimo, de piel tostada y rubias guedejas que llevaba, en vez de zurrón y de cayado, una lira de siete cuerdas.

—Es mi arma —dijo Orfeo, mostrando su instrumento al joven atleta tesalio. Con ella amanso a las fieras y a los hombres...

Jasón sonrió inefablemente en tanto miraba, indistintamente, a sus dos compañeros peregrinos. Se hallaba tan emocionado, que no sabía qué decir. Por fin, se interpuso entre ambos, rodeó su cuello con sus fuertes y nervudos brazos y los tres penetraron por la misma verja del jardín y se internaron por sus frescas y umbrías avenidas marginadas de mir-

tos y de laureles por cuyos troncos trepaban florecidas enredaderas.

Anduvieron un buen rato charlando y al fin, se sentaron en un banco semicircular de mármol en torno a una mesa labrada tras de la cual se erguía, sobre un estípite de base cuadrangular, una hermosa cabeza de Hermes, también de mármol, patinado por el tiempo y la intemperie.

Aquella estatua que les presidía, era, en verdad, un hito de doble faz. Una, la masculina, miraba al interior, al noroeste. La otra, la femenina, al sureste y presidía un breve paseo cuyos árboles cerraban su copa formando sobre él un verde túnel natural. Entre los márgenes de sus troncos, crecían los lirios y los rosales. Más allá, la breve senda finía en el mar, aquel mar tan azul e incomparable de Magnesia.

Orfeo señaló la estatua y dijo:

—¡Hermoso símbolo! Representa el Andrógino, la humanidad ideal... Delicioso lugar, digno de la cita de dos amantes felices...

Jasón y Mopso rieron de buena gana.

—No puedes negar que eres poeta —díjole Jasón—. Si te inspira el lugar, cuéntalo en compañía de la lira...

Mas el aludido, respondió:

—Antes, tenemos que dilucidar asuntos de básico interés. A ello hemos venido...

—Así es —confirmó Mopso. Y dirigiéndose a Jasón, añadió—: La *pitya* délfica nos trajo aquí. Al consultar el oráculo, nos dijo el dios solar, por boca de su pura intérprete: "Peregrinad, ¡oh portadores de la nueva luz!, a Iolcos. Hablad con Jasón, citad allí a los jóvenes heráclidas de los reinos dispersos de la Grecia naciente e id en busca del talismán solar de la Nueva Era y testimoniad su esplendor al mundo." Aquí estamos, pues...

Jasón se quedó atónito. Luego, bajando la cabeza murmuró:

—Oráculo, ciertamente, difícil de interpretar. ¿Qué entendéis?...

—Creo que la auténtica misión del oráculo es hacernos a todos intérpretes, adivinos y ejecutores... —añadió Orfeo.

—Ciertamente —confirmó Mopso, con la palabra y con el gesto—. Fijaros que primero nos ordenó a los dos peregrinar a Iolcos para ponernos en relación contigo. Luego, pactar el plan con la flor de los héroes griegos, los jóvenes idealistas e iniciados del gran solar heleno donde debe florecer la nueva civilización. E ir todos en busca...

—Del talismán solar —añadió Jasón, con la faz iluminada—. Creo adivinar. Observad las circunstancias. Yo fui un pequeño condenado a muerte por la ambición de poder. Hijo del Rey Eason, nací heredero del trono de este reino que hoy ocupa Pelias mi tío, el usurpador del trono. Fui mandado decapitar por los esbirros del nuevo rey. Mas... ¿qué vieron en mí? Acaso el Hado les inspiró la compasión, porque me confiaron a unos parientes disfrazados que no sólo me libraron de la muerte, sino que me ocultaron en una gruta de la intrincada selva. Cuando fui mayor, me instruyó Quirón, maestro de héroes, conocido como el *Centauro* por su filiación zodiacal. Quirón es aquel que se halla más allá del saber y de la voluntad de los hombres. El me ha hecho sabio y fuerte. Y sobre todo, un hombre sin miedo... Llegado a la mayor edad, me presenté ante mi tío, el rey usurpador y le reclamé mi herencia. El perdió de pronto la serenidad y el aplomo y me contestó humildemente, en son de paz: "Jasón, te pertenece, mas ...tienes que mostrarme tu capacidad de gobernar, la valentía y la fortaleza del auténtico príncipe. Ten-

drás que someterte a difíciles pruebas. Emprenderás un largo viaje..."

En aquel punto del relato, Orfeo y Mopso se miraron sorprendidos.

—Es la secreta trama de la divinidad... —afirmó Mopso.

—Estamos juntos los tres y la suprema Deidad nos asiste —añadió con singular firmeza, Orfeo—. A veces, la presunta malignidad de los hombres la aprovechan para un mayor beneficio, trocándola, los dioses...

—¡Obedeceremos al oráculo! ¡Seremos tus primeros camaradas, Jasón! Emprenderemos juntos el largo viaje que será, en verdad, de alto signo espiritual. Otros vendrán, al proclamar la finalidad que nos mueve...

—¡Adelante! El rey traidor nos facilitará de buena gana los medios materiales —dijo el príncipe tesalio.

—Y Atenea, la diosa de la sabiduría, las directrices espirituales —añadió Mopso.

—Obedientes al oráculo, los tres constituimos, en cierto modo, el trípode viviente de la divina voluntad. Proclamaremos a cuatro vientos la palabra del oráculo e iremos en busca del talismán del signo zodiacal que presidirá la nueva Era —asesoró Orfeo.

El rubio Príncipe tracio se levantó y empuñando la lira, pulsó unos bellos acordes ante la faz sonriente de Hermes, el dios de ascendencia egipcia. Prosiguió:

—A tu amparo me formé. Allí recibí el saber y la inspiración. Mas como griego de nacimiento, adoro al complemento femenino del hombre. Amo el Amor.

Y sin dejar de pulsar la lira, dio lentamente la vuelta a la estatua y se encontró frente a la faz dul-

císima de la bella Afrodita. Entonces glosó así el plan de la entrevista aventura:

"¡Oh Afrodita, diosa veneranda!
Si nos une a los griegos de la Grecia naciente, tu Amor,
y Hermes, el eterno avatar nos ampara y nos guía,
lograremos el éxito de nuestra misión cíclica
estableciendo la Armonía en el mundo,
venciendo a la maldad y al caos.
Y en posesión del Talismán Solar de la Era que Comienza,
sembraremos por las tierras de la Grecia unida
La semilla de la gran civilización..."

—Serás el inspirado Poeta-Guía de la expedición que proyectamos —díjole a Orfeo Jasón en tanto le estrechaba en un emocionado abrazo.

Luego, los tres juntos recorrieron el senderillo bajo el túnel de verdor que conducía al mar. Y frente al infinito horizonte marino, los tres compañeros juramentados, se prometieron fidelidad y recabaron la protección de Poseidón, el dios de los mares.

—Solemne momento inicial, éste que vivimos —prosiguió el príncipe tesalio.

Después, madurando el futuro plan y la estelar aventura planeada, deambularon juntos por el jardín hasta que las suaves sombras nocturnas fueron velando las perspectivas y aumentaron los aromas de las flores y los murmullos.

Por fin, Mopso, al relatar cómo llegó ante sí Orfeo, procedente del gran Santuario del Delta egipcio, confesó:

—No podría explicar la extraña fuerza que se apoderó de mí en aquel instante. Fue como un bautizo espiritual en mi vida. Entonces me puse en contacto con la piedra oracular que vincula la voluntad celeste del dios a los hombres que lo consultan. Me

refiero al famoso *omfalos*, la "Piedra caída del Cielo" en aquel lugar. Su sobrenatural influjo lo percibió iluminadamente mi abuelo Tiresias, cuando peregrinaba un día acompañado de mi madre Manto, por la falda bendita del Parnaso, junto al Helicón, no lejos de las aguas transmisoras y purificadoras del mar de Corinto que baña las orillas de la Fócida. En contacto con el imán natural y celeste, mi ciego abuelo, que poseía por don de los dioses la doble vista, vio que, por su contacto, se haría allí efectiva la palabra de Apolo, el dios solar y Padre de las Musas. Y fue entonces mi madre la protoprofetisa del oráculo naciente, la primera "pitya" consagrada que recibió la palabra, el inicial dictado divino que ordenaba convertir la gruta natural en Santuario. Y el vaho terrestre que de ella emanaba, el aliento de la gran Madre del Mundo. Así se hizo. Y desde entonces, la voluntad divina, interpretada por la flébil *pitya* e interpretada por el sacerdote vidente, endereza allí vidas, señala destinos, realiza profecías y encamina a los extraviados que llegan en busca de guía y de consuelo. Yo heredé las facultades de mi madre y de mi abuelo y en Delfos sirvo al esplendoroso dios mentor. Con su ayuda, mi poder de adivinación vio en el recién llegado Orfeo, a un gran elegido, al más dispuesto vinculador del poder de los astros. A un Enviado, en fin, con una finalidad cuyo más hondo motivo emana de los mismos ritmos espaciales que conducen la evolución de la humanidad. El articulará la gran civilización establecida por la Grecia unida en el ciclo que comienza. Yo os voy a dar ahora el testimonio directo de la divina voluntad sobre su vida y sobre la vida de los que nos hemos juramentado llevar a cabo la alta misión que nos requieren los dioses. Escuchad el oráculo: "Marchad juntos peregrinando hacia Magnesia, lugar germinal

elegido para sede de la gran empresa fundacional de la Nueva Era. Uníos al Príncipe de aquel lugar, héroe consagrado, y encontraréis los medios. Congregad a todos los jóvenes idealistas, iniciados en Egipto, en Caldea, en Tebas, en Eleusis. Muchos entre los elegidos responderán a la divina llamada. Uníos y marchad a la Cólquida Asiática a la conquista del talismán que se guarda en el Santuario astral de nuestros padres atlantes, que mantienen las espirituales jerarquías de Egipto. Allí se confeccionan los talismanes según las reglas antiquísimas de la Ciencia de los Astros sobre la marcha de la humanidad. Allí se otorga la investidura a sus agentes. Un mago, un sacerdote, rey y astrólogo, se halla en posesión de dicho talismán solar. Tendréis que conquistarlo, superando terribles pruebas, y venciendo a su elemental guardián, como las pruebas que dimanan del gran cosmos. ¡No os arredréis, vosotros, los que tenéis ya la investidura de vencedores, electos héroes griegos!"

—¡Soberbio, fantástico! —exclamaron a una—. Vamos a vivir algo parecido a una leyenda eterna. —exclamó, con semblante iluminado, Jasón.

Y Orfeo añadió:

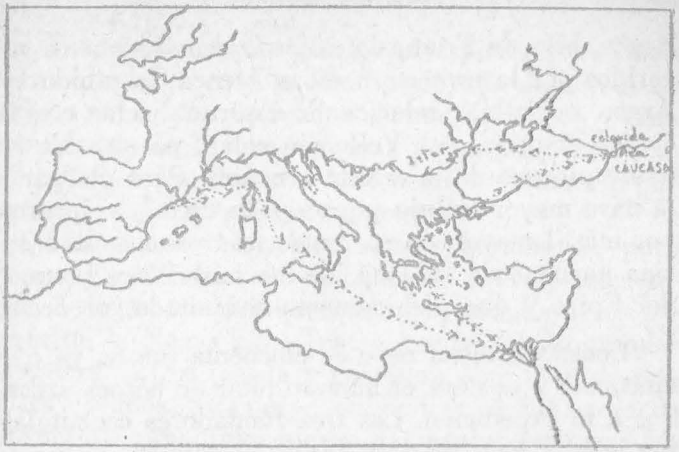
—Merezcamos desde ahora la protección divina. Tratemos de interpretar con nuestra actitud y con nuestra conducta, el oráculo anunciador. Hemos puesto la primera piedra triangular al sagrado edificio que juntos levantaremos. Somos los pioneros de la nueva humanidad. ¡Gloria a ti, Fuego Circular del cosmos, dios Padre del infinito, radiante Deidad que guías los destinos de las razas! ¡Loado seas!

Y todos respondieron:

—¡Seas siempre loado!

CAPÍTULO III

VIAJE Y AVENTURAS DE LOS ARGONAUTAS



Cuando Jasón expuso a su tío Pelias los proyectos del largo y peligroso viaje a Asia, el entronizado rey traidor sonrió complacido. Y le ofreció toda índole de facilidades, con tal de que se alejara, para que pronto se llevara a cabo.

Para simular interés en el viaje de su sobrino, le preguntó qué objetivo les llevaba al Cáucaso.

—Vamos en busca del Vellocino de Oro...

—¡Ya! —repuso el astuto rey—. Os atrae el oro que arrastra el río Fasis de las altas minas de los montes caucásicos. Sois todos valientes héroes. Muy pocos se atreverían a llegar hasta allí... Si logras volver, tuyo será el trono que ocupó tu padre. —Y murmuró por lo bajo, frotándose las manos—: ¡Ah, los peligros del Ponto, las arterías de los isleños, la tenaza segura de las Simplegades!...

Desde entonces, llovieron las aportaciones y las facilidades para los ardidos constructores de la nave "Argos" contruída expresamente para la expedición por el más diestro de los constructores conocidos:

Argos, hijo de Frixo, de acuerdo con los planos sugeridos por la protectora diosa Atenea, la sabiduría. Argos, se hallaba relacionado espiritualmente con la cíclica empresa del Vellocino solar, ya que fue su padre pionero de la celeste aventura. Para otorgar a la nave mayor influjo y protección divina, colocaron por mástil mayor, en su centro, el tronco de una encina parlante de Dodona, de los misteriosos bosques del Epiro y que, debidamente consultado, predecía.

Constaría dicha nave de cincuenta remos, ya que cincuenta y dos era el número total de héroes afiliados a la expedición. Los tres fundadores constituían los jefes y empresarios: Jasón, el capitán, Orfeo el cantor y mentor espiritual, Mopso el intérprete y adivino, encargado de la transmisión de los divinos oráculos durante la navegación.

Entre tanto procedíase a la construcción, equipo y utillaje de la nave, sus dirigentes espirituales procedían a construir el interno plan de la expedición. Y en él tomaban parte los más destacados héroes que la constituían como Heracles el tebano, que personificaba genéricamene al Iniciado griego, famoso por haber vencido en los doce trabajos zodiacales, hijo espiritual de Hera, la diosa celeste, réplica de la Isis egipcia, ya que fueron los tebanos de Egipto los que fundaron la ciudad y su Santuario e instituyeron los Misterios en esa Tebas corintia; y Teseo, príncipe del Atica, iniciado en Eleusis, consciente de la espiritual finalidad de la empresa; y Asterión, famoso astrólogo, instruido e investido en los templos de Caldea; y Anseo, llamado Hijo de Poseidón, sucesor de una rama de sacerdotes y legisladores atlantes; y Equión, hijo de Hermes, conocido como "El Héroe que sabe" los anales de la sabiduría y considerado el más astuto de todos.

Estos y otros aristócratas del espíritu constituían la avanzada de aquella famosa pléyade de héroes de origen pelásgico que fundaron una civilización y eran conscientes de la trascendencia de su hora histórica. A todos se les llamaba *heráclidas*, término equivalente a iniciados griegos autóctonos.

Físicamente eran de singular hermosura, puro trasunto individual de aquel nuevo tipo de estructura en cierto modo arquetípica que sellaba a los héroes de la Nueva Era. Tenían por lo común grandes ojos azules, tez rosada y cabellera abundosa de matices dorados. Su cuerpo era ágil y fornido, pero de miembros proporcionados y de regular estatura. Astralmente sellados por el signo que presidía Ares o Marte, tenían un natural aventurero, temperamento apasionado, idealista, audaz, atrevido, anheloso de aventuras, pero siempre de alto signo constructivo. Amaban la investigación, el estudio, la integral formación humana, el descubrimiento y la vivencia de un noble ideal. Fueron, en suma, los esforzados sembradores de la nueva ley del signo que comenzaba y que ellos mismos encarnaban de modo ejemplar. Su común anhelo consistía en instituir organizaciones, artes, leyes, costumbres, enseñanzas, religión, ideal de vida en su país, todo de acuerdo con la característica del ciclo naciente.

Unidos en estrecha y consagrada camaradería, trataban de atisbar cuáles serían las pruebas interpuestas en su camino y la forma de superarlas de común acuerdo.

Cuando la nave se hallaba ya casi a punto de ser botada a la mar con todo su equipo, fueron llegando a Magnesia, región de Tesalia, los restantes héroes expedicionarios, todos famosos, probados y de noble cuna, descendientes de héroes, de reyes y de dioses como los hermanos Dióscuros, hijos de Zeus; Nepheo

y su hijo Periclimenos, hijos asimismo de Poseidón, lo que significaba que se hallaban en posesión de la herencia espiritual atlante; Eurito, también hijo de Hermes o Iniciado en algún Santuario egipcio; Ceteo y Calais, procedentes de centros místicos del norte boreal; Anseo, príncipe arcadio; otro Asterión, hermano de Néstor; Ceneo, hijo de Elato; Clío e Ifito, hijos de Adriadna; Deucalión, hijo de Minos; Ergino y Enfeo, hijos también de Neptuno; Glauco, hijo de Sísifo; Idas y Linceo, hijos de Afareo; Idmón, otro famoso adivino; Yolas, compañero de Heracles; Butes, Augeo y Angias, otro Ificlo, hijo de Testio; Anfión, Príncipe de Arcadia; Filemón, hijo de Apolo; Telamón, hermano de Peleo; Laertes, Tideo, Oileo, Peleo, Menetao, Neleo y Telamón, que más tarde fueron a su vez, en el período de la Guerra de Troya, padres de los famosos héroes Ulises, Diomedes, Ayax, Aquiles, Patroclo, Néstor y el otro Ayax nieto de Eaco.

Los móviles que impulsaban a los Argonautas, no podían en verdad, ser comprendidos por nadie que no fuera iniciado en la ciencia de los astros y en las otras ciencias y pruebas ocultas y no tuviera conocimiento de la Ley Universal que señala los ciclos de la historia, el ritmo de las civilizaciones y el significado de la evolución de la humanidad.

Según la cronología de los ciclos históricos, la famosa expedición de los Argonautas a la Cólquida en busca del Vellocino de Oro o Cordero zodiacal, señala el ingreso del Sol, por precesión, en el signo de Aries, que tuvo lugar hace unos 4,400 años. Con ello podemos colegir de modo cierto, la fecha en que tuvo lugar la guerra de Troya, conocida a través del gran poema épico de Homero. Dicha guerra se hallaba, por tanto, vinculada con el significado astral de los ciclos, ya que el vencimiento de los troyanos por

los griegos era, en lo político, el fin de las satrapías o tiranías, el declive de las monarquías absolutas del Asia decadente y el nacimiento del mundo nuevo sellado por el signo de Aries con directrices liberales y democráticas bajo el predominio de Grecia y su confederación de estados anfictiónicos. Una inmensa sabiduría rige los procesos de la evolución de los pueblos de acuerdo con los imperativos siderales.

La guerra de Troya significó, ciertamente, un hito de enorme trascendencia dentro de los ciclos históricos que señalan la evolución de la humanidad y una rotura de equilibrio entre dos poderes en pugna: el mundo declinante, tradicional y despótico del pasado que fenecía, y el albor del occidente capaz de encarnar las necesidades de la Era que surgía y de la civilización occidental que encarnaba la gran confederación de pueblos griegos.

Una vez consultados los astros y los oráculos y elegido el día y la hora más faustos, echaron triunfalmente el "Argos" a la mar desde la ensenada del profundo Golfo Pagasético, casi cerrado por el Cabo Magnésico, cuyas aguas de azul profundo, tranquilas como un lago, bañaban la amplia bahía y el puerto de Iolcos, capital de Magnesia, estado de Tesalia.

Según la oculta tradición de aquel país elegido por la divinidad como punto inicial de la gran empresa que inauguraba un gran ciclo de la humana historia, el nombre de Magnesia procedía de la cantidad enorme de piedras magnéticas en aquel suelo proyectadas desde las celestes esferas espaciales y allí enclavadas desde tiempos inmemoriales. Eran las Piedras Celestes, tan estimadas por su poder talismánico y magnético, imanes naturales cuya misión era revitalizar la tierra, injertándole dinamismo y nueva vida regenerativa.

Por ello, aquellos aerolitos en aquella tierra de privilegio depositados desde los espacios infinitos, hacían de ella un auténtico centro de fuerza cósmica, un lugar de poderoso magnetismo y de enormes posibilidades ocultas.

Los individuos preparados y sensibles, percibían el influjo potentísimo de aquellas piedras magnéticas imantadas por otros mundos en su raudo recorrido por los grandes éteres. Y en sus manos, podían convertirse en poderosos talismanes de la Era naciente. De aquí su extraordinario valor para los Argonautas que con ellas cargaron el fondo de la nave a todo lo largo de la quilla, para que les acompañaran en su expedición y canalizaran las fuerzas protectoras durante el viaje.

Así, pues, con los mejores augurios y las más altas bendiciones, se hicieron a la mar los argonautas.

La hermosa nave Argos, con sus cincuenta y dos héroes a bordo avanzaba por las serenas aguas del mar de Grecia, ligera y arrogante, con las velas izadas y los ágiles remos concordes que el espejo del agua inmóvil, duplicaba.

Bordearon el cantil que cerraba, como una pinza abierta, el golfo, y salió la nave a la ancha mar rizada, sorteando el estrecho que separaba la gran Isla de Eubea, de la Grecia Continental y abordando, señera, por el sur, la ringla protectora de las Islas y los islotes del Mar de Tracia que les resguardaban del impetuoso oleaje del norte y de los vientos boreales.

Caía la tarde, cuando se levantó, propicio a la navegación sesgada, el viento sur. Cambiaron la dirección de las velas y entonces, sin el auxilio de los remos, la proa de la nave marinera avanzó, veloz, hendiendo segura las ondas, apuntando la gran Isla

de Lemnos, primer objetivo y puerto de abrigo y pasajero descanso para los tripulantes del "Argos".

—¡La Isla de las Amazonas a la vista! —gritó alguien a bordo al amanecer del siguiente día.

—Feliz navegación nos deparan los dioses. ¡Brindemos a Poseidón, el dios protector de los mares, la primera bebida que ahuyenta al sueño! ¡Y ojalá logre Eos, la aurora de rosados dedos amainar la furia de las hembras guerreras como propicios nos han sido los soplos de los vientos y los genios del mar! —dijo en alta voz Jasón, el capitán.

Doblaron el cabo sur de la Isla y penetraron en el golfo que protegía el seguro puerto.

—Mozos somos, pero... es primavera. Ellas, sólo destruyen a los hombres cuando no los necesitan —repuso, al cabo de un rato, el astuto Equión. —A lo mejor, nos reciben con palmas y holgorios...

—Ojalá sea así —asintió Jasón, no muy seguro de las afirmaciones de su compañero.

Desembarcaron después de anclar la nave sin encontrar a nadie en el pequeño puerto natural de la Isla. Y en tanto la mayoría de los Argonautas permanecían no lejos de la nave alternándose en su vigilancia, compartiendo el reposo y el sueño, los tres dirigentes penetraron cautelosamente, pero totalmente desarmados, para no despertar sospechas, hacia el interior.

Hermosa Isla aquella, cuyo puerto presidía un dilatado valle verde y florido, resguardado por un riachuelo y velado por boscosas lomas. Un poco más allá, el río, que descendía en forma de torrentera de las lejanas alturas, alimentaba un bellísimo lago, en torno al cual vivían en campaña casi al aire libre, sobre un idílico prado, las amazonas, presididas por su reina, la valiente y feroz Hipsipila.

Al divisar nuestros héroes el campamento de las

mujeres guerreras, se detuvieron respetuosamente a regular distancia.

Al ser informada de la presencia de los jóvenes navegantes, adelantóse hacia ellos la Reina y amablemente, les hizo señas de que nada temieran. Avanzaron los mozos y... ¡cual sería su sorpresa al ver que, después de invitarles a presenciar algunos de los ejercicios de las bélicas doncellas, ellas mismas les invitaban a compartir su yantar compuesto de pan, carne de caza asada, leche, queso y frutas que les servían de alimento!

Aceptaron ellos, más por amabilidad que de buena gana. Pero pronto se convencieron de que, por poco que forzaran el trato de su parte, darían la razón al astuto Equión.

Se comportaron, pues, discretamente nuestros héroes durante el día, pero al llegar la noche, pidieron permiso para retirarse a descansar junto a sus compañeros en la fondeada nave. Pero las amazonas les rogaron a todos fueran a compartir sus lechos, sus juegos, sus ejercicios y sus mesas, como correspondía a los buenos compañeros, cosa que aceptaron, complacidos, los muchachos.

Durante varios días, fueron agasajados, mimados y alimentados. Aquellas hembras que tenían fama de violentas y rudas y de destruir a sus propios maridos, acogieron a nuestros héroes como enviados de los dioses para su solaz y compañía y para engendrar amorosamente a sus futuros descendientes.

Pero los Argonautas se dieron cuenta a tiempo de que la finalidad de su viaje no era quedar prendidos en las encantadoras redes de las enamoradas amazonas, sino seguir el trazado de su superior periplo. Y zarparon de la Isla de Lemnos dejando a sus femeninas habitantes solas y desconsoladas.

Samotracia se halla a un día y medio de navega-

ción, con buen viento, de Lemnos. Partieron al anochecer y navegaron al impulso del viento favorable toda la noche hasta que, al apuntar el siguiente día, costearon un trecho de la costa feraz de la Isla montañosa de Imbros y sin recalar en ella, se dirigieron, dobladas las velas y empujando los remos isócronos contracorriente, a la vecina Isla de Samotracia cuando el sol doblaba la curva de su cenit, camino del poniente.

Dieron los Argonautas gracias a los dioses protectores por el tiempo favorable y la feliz navegación, y enfilaron la rada sur de la Isla.

Allí, unos emisarios del rey, seguidos de la tropa de resguardo de costas, se aproximaron a la nave que solicitaba abrigo. Diéronles licencia de desembarco si llegaban en son de paz. Así lo aseguraron nuestros héroes y escoltados por la breve milicia, se dirigieron al palacio del rey Fineo, hijo del famoso Agenor. Fineo poseía profundos conocimientos de toda la Grecia y a pesar de su ceguera poseía el consuelo del saber, la doble vista y aun podía vislumbrar el porvenir.

Sabiéndoles destacados héroes emprendedores de tan alto fin, recibió el rey a los Argonautas con inusitado regocijo y hospedóles regaladamente en su propio palacio. Aquella misma noche y para celebrar su llegada les hizo servir un suculento banquete que los jóvenes aceptaron con complacencia.

Luego, a requerimientos del ciego y anciano monarca, explicaron nuestros héroes el motivo de su viaje.

Fineo, que era sabio en la más honda sabiduría, aprobó los móviles de su arriesgada pero altísima empresa y se puso a la disposición de los Argonautas diciéndoles:

—Comparto con toda el alma la finalidad que perseguís y el ideal que os anima. Mi edad y mis limitaciones no me permiten acompañaros, pero os puedo ayudar con mis orientaciones, mis sugerencias y consejos y os puedo ofrecer vituallas y provisiones para el viaje, pero... Os ruego un favor: que tratéis de compensar mi disposición y mis dádivas librándome de unos monstruos volantes y amenazadores, a los que sin duda reté con mi comportamiento, mi orgullo y mi soberbia al transgredir las leyes de los Misterios eleusinos No pude alcanzar la iluminación y el estado que pretendía y fui condenado a la ceguera y al olvido de lo que me fuera confiado... Fue algo horrible. Como si barrieran de mi cerebro los recuerdos... Sin embargo, mis ideales y mi razonamiento se han acrecentado con los años de soledad y de penitencia. Pero mi mayor afán sería librarme al fin de esos horribles genios atormentadores, de esas bestias repugnantes... Si lo lográis, os indicaré el más certero camino para llegar a la Cólquida y lograr vuestro objetivo.

Movidos por la compasión arremetieron nuestros héroes con todas sus artes y todas sus fuerzas contra las destructoras y atormentadoras harpías, hasta librar al rey y a la Isla del calamitoso y pertinaz infortunio de su presencia. E invocando a los poderes benéficos de la Naturaleza, exorcizaron y purificaron los lugares de refugio de los monstruos malignos, que volaron lejos y nunca más volvieron a atormentar al sufrido monarca. Entonces, éste, profundamente agradecido, les reveló útiles enseñanzas, les dio valiosos consejos y les mostró el mejor camino para alcanzar el fin por ellos apetecido. Los bendijo, les otorgó buena carga de municiones y pertrechos, les ofreció recambios de velas y de remos, y a los pocos

días, se echaron de nuevo los Argonautas a la mar esperanzados y con signo favorable.

Ya en la costa dardánica, enfiló la nave Argos el estrecho del Helesponto, cuando de pronto, la corriente procelosa del canal, movida por vientos contrarios, les empujó otra vez hacia las costas del sur. Recalaron a tiempo en el refugio natural que ofrecía a los navegantes una pequeña Isla costera llamada Cícico, habitada por doliones, gente pacífica, cuyo rey llevaba el mismo nombre de su Isla. Esos habitantes isleños doliones dominaban aquel territorio sufriendo la presencia y la amenaza de unos extraños gigantes refugiados en las cuevas de las altas mesetas centrales. Esos gigantes, terror de los isleños, tenían avieso talante y mala voluntad, ya que constituían los restos de una antigua raza degenerada procedente de una civilización antiquísima, extinguida a través de remotos y terribles cataclismos telúricos.

Contrastando con la cordial acogida y la amabilidad del rey Cícico y de sus súbditos doliones, los mentados gigantes vieron con malos ojos el desembarco de los Argonautas en su Isla y se propusieron, al amparo de las sombras nocturnas, destruir la nave. Mas Heracles, que se encontraba en ella y nunca la abandonaba, al ver con sus afilados ojos y su vigilante corazón que la sagrada nave corría peligro con la llegada de aquel tropel de extraños seres que descendían agazapados de las alturas, echando de ver sus intenciones, se dispuso a la defensa con todos los medios a su alcance.

Al llegar cerca de la nave, comenzaron los gigantes a lanzar contra ella piedras enormes que disparaban con inaudita fuerza. Mas Heracles, habilísimo arquero dotado de un vigor superior a todos, dispuso su arco inmenso y apostado en el barandal de cubierta, procedió a disparar sus flechas sobre ellos,

derribándolos y ahogando a los más próximos en las aguas del mar desde los acantilados. Los demás, aterrorizados y a la desbandada, huyeron precipitadamente a las alturas.

Los Argonautas decidieron, una vez reparados los daños sufridos, volver a la ancha mar. El amable rey, con un buen número de sus súbditos doliones, les obsequiaron y despidieron en la orilla, hasta que la nave se perdió de vista.

Mas, al enfocar de nuevo la nave "Argos" el estrecho del Helesponto, levantóse otra vez viento contrario y la alterada corriente los empujó otra vez, ya cerrada la noche, al puerto protector de Cícico.

Pero los gigantes que lograron escapar al ataque certero de Heracles en legítima defensa, dolidos y despechados, dieron cuenta a los doliones de que una nave pirata había penetrado en su puerto, amparada en las sombras nocturnas. Entonces, el pequeño ejército de los doliones en cuyo frente se hallaba su rey, atacaron a los presuntos piratas que no eran otros que los héroes Argonautas, sus amigos. Estos no tuvieron más remedio que defenderse del imprevisto ataque y al amanecer al fin el infausto día, vieron con dolor los nobles navegantes, tendido y sangrante al frente de su batido ejército, al buen rey Cícico que con tanta amabilidad les había recibido pocos días antes.

Entonces, entristecidos, izaron velas y por fin, con tiempo propicio, iniciaron de nuevo la entrada al peligroso canal del Helesponto, cuyas aguas discurían entre las tierras próximas del Quersoneso tracio y la costa frigia del Asia menor.

Navegaban los héroes placenteramente, contemplando de cerca ambas costas, cuando oyeron el llanto y los plañidos de su compañero Argos, el amado constructor de la nave.

—¡Oh corriente infausta para mi propia sangre! —exclamaba en medio de sus lamentos—. Aquí murió mi tía Helle, la gran sacerdotisa de la religión astral, hermana y compañera de mi padre Frixo. Ellos fueron nuestros precursores en la búsqueda del Vellocino de Oro. Cuando se dirigían a la Cólquida en busca de la enseñanza y del talismán solar, la corriente adversa del canal, arrastró a la sabia doncella. De ella tomó el canal su nombre...

Enternecidos todos los Argonautas por los sollozos de Argos, trataron de consolarlo en su pena. Orfeo, extrañamente conmovido, improvisó, acompañado de la lira, una armoniosa elegía a la malograda y pura pionera de la expedición. Y el canto del inspirado poeta tuvo la virtud de elevar los ánimos y devolverles la esperanza gozosa en la espiritual empresa.

Detenidos durante cuarenta días por vientos contrarios en el mar de la Propóntide alimentado por la corriente de los dos canales del este y del oeste, cesaron al fin los soplos contrarios del Euro, procedentes del Ponto Euxino ya cercano, y así, a vela tendida, pudieron divisar el angosto estrecho cuyo final cerraba la pinza temible de las rocas Simplegades.

Impulsada por suaves vientos, enfiló la nave el segundo canal. Pocas en verdad, de la eslora del "Argos", habían logrado atravesar aquel temible escollo que era la puerta natural del Euxino. Casi todas ellas eran destrozadas por el empuje del oleaje contra las altas peñas y tragadas por el agitado mar. A causa de ese peligro, la creencia popular afirmaba que aquellas gigantescas peñas obscuras y encaradas, flotaban movidas por el proceloso oleaje y se juntaban al pasar entre ellas las embarcaciones para apresarlas y destruirlas.

Mas los Argonautas no se dejaron amedrentar

por las falsas consejas, aunque no ignoraban los peligros del angosto pasaje marino.

Ajustado el ritmo de los remos al compás de la maza del guardián electo, avanzaron aceleradamente hacia las enormes moles de las Simplegades, cuya sola visión imponía encogimiento al ánimo.

En aquellos momentos decisivos, reinaba en el "Argos" un silencio imponente, quebrado por el isócrono choque de los remos en la mar calmada.

Avanzaron decididos hacia el peligro... Entonces, Orfeo levantó la vista al cielo. Y apoyado en el mástil de Dodona, pulsó la lira y recitó uno de sus himnos mágicos de invocación, al potente dios del mar:

"Oyeme, Poseidón, regente del mar profundo,
cuyos líquidos brazos oprimen la sólida tierra...

Cuando transitas, soberbio, por los burbujeantes mares,
las aguas temblorosas acatan tu bronco mandato.
Y la tierra estremecida y la inmensidad líquida,
¡oh dios de obscura cabellera!
obedecen al Hado que tú ordenas..."

En tanto, la emoción reprimida y el ánimo alzado, Jasón y el piloto Tifis, conducían a toda velocidad la nave que pasó majestuosamente, indemne y segura, rozando casi las imponentes obscuras peñas sus débiles flancos, sin la ayuda de los remos. Así salvaron nuestros héroes, al impulso sólo del favonio favorable, el paso de mayor peligro.

Ya felizmente en pleno Ponto Euxino, navegaron a toda vela, rozando las arboladas costas de la Calcedonia. A bordo, todo fueron holgorios y alabanzas a los dioses protectores.

Pero malhadadamente, a la vista ya de las costas caucásicas, fin y objetivo de su empresa cíclica,

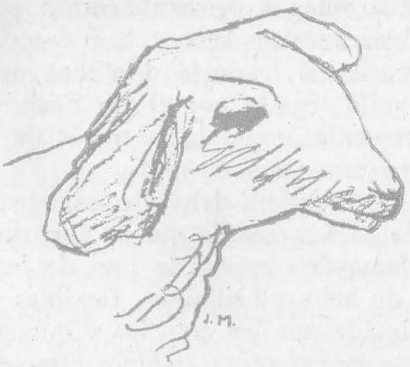
murió inopinadamente uno de los más entusiastas Argonautas, el piloto Tifis. Para enterrarlo de acuerdo con el ritual de los héroes, procedieron a empotrar el "Argos" en una playa dorada que se ofrecía a su vista, descendieron algunos Argonautas transportando el hermoso cadáver del héroe y allí cerca, en una breve loma, a la vista del mar, procedieron a su inhumación.

Así costeando, llegaron a una zona montañosa, de especial renombre, y en una de cuyas cimas montañosas se hallaba un pequeño Santuario votivo consagrado a las hazañas del Argonauta Heracles por sus famosos "Doce Trabajos". De ellos tomó el nombre la Montaña, llamada Heráclea Póntica. A su vista, alentizaron la marcha y frente al Santuario marino, todos los Argonautas, rodeando al propio Heracles, presentaron armas y se humillaron ante el sagrado monumento y su alto significado, ya que representaba al individuo cósmico, al Iniciado investido por la Deidad.

Luego, prosiguieron el viaje rozando la costa, a trechos acantilada, a trechos llana y boscosa, del sur del Ponto Euxino hasta llegar, tras varios días de feliz navegación, a la Cólquida, meta de su trascendental y cíclico periplo.

CAPÍTULO IV

EL VELLOCINO DE ORO



Al avistar los Argonautas el objetivo final de su viaje, quedaron maravillados del espectáculo que ofrecía a sus ojos. Extensos prados, ríos y lagos, bellísimos campos de prodigiosa fertilidad.

A un lado, presidiendo sobre un verde altozano un saliente de la costa, se levantaba el Palacio y Santuario del Rey Aetes, el misterioso personaje que era, a la vez, monarca y Gran Sacerdote Guardián y Maestro de los archivos cósmicos, del talismán cíclico más poderoso y en sus anales sagrados, de aquel tratado misterioso conocido como "Espejo del Futuro" que determinaba los ciclos de la Historia pasados, presentes y por venir y que era fama procedía del gran astrólogo atlante Asuramaya,[1] emigrado del gran continente de la Atlántida poco antes de su hundimiento, y co-fundador de la gran civilización egipcia.

---

[1] Recordamos al lector la Biografía de *Asuramaya*, escrita por la autora y editada también por Costa-Amic, de México.

A medida que se aproximaban a su objetivo, echaron de ver nuestros héroes, la indescriptible hermosura que, hasta las más dilatadas perspectivas, ofrecía el valle regado por el río Fasis que, como plateada serpiente, ondulaba a través de las verdes riberas como una cinta de plata.

A una y otra ladera del valle, se extendían, cada vez más dilatados a medida que se aproximaban a la costa, los famosos campos de lino de la Cólquida, aquel lino de hebras brillantes, flexibles y resistentes, tan estimado por los egipcios y que sus propios predecesores sembraron en tiempos remotos en aquellas privilegiadas orillas del Pronto donde siguió cultivándose, desde épocas inmemoriales, como se cultivaba, en su secreto Santuario, la luz, iluminadora de la ciencia de los ciclos que se seguía otorgando, con la clave interpretativa y astral.

Entre el Palacio-Santuario y el río, se extendía la capital de la Cólquida, Aea, con sus jardines y sus villas, sus casitas blancas y sus grandes edificios comunales. Por su específica configuración, distinguían también los Argonautas, a punto de fondear el puerto natural, junto al saliente del cabo donde el mar en calma parecía de un azul más profundo, los centros donde se manufacturaba la preciosa fibra, cuyas extensas plantaciones llegaban hasta el mar, constituyendo la principal riqueza del país, junto con sus hornos y calderas donde se fundía y limpiaba el oro recogido en pepitas en el río Fasis, o transportado por las recuas de bestias amaestradas desde las minas de la gran cordillera caucásica, hasta la costa.

Cuando el "Argos" inició el esguince de su entrada en puerto, al tiempo que desnudaban el velamen de su arboladura, quedaron los Argonautas apoyados en el barandar de tierra, encantados al observar allí mismo las matas crecidas de los linares

oreados por la brisa, sus finas hojas, el copete de sus flores, y sobre todo, los preciados tallos productores, balanceándose como dando a los nautas la bienvenida.

Amarrado el "Argos" en los cipos del muelle con las vergas lanzadas, procedieron nuestros héroes al desembarco. Y a pesar de la hermosura del paisaje que les circundaba, dirigieron sus pasos hacia el Palacio del altozado, residencia del rey Aetes.

Ellos sabían cuanto significaba haber llegado hasta allí. No ignoraban el valor de la tierra que pisaban ni el objetivo a que se dirigían. Sabían que era aquel un poderoso centro magnético que tenía relación vibratoria con el signo zodiacal de Aries que presidía la Era que comenzaba. Allí se practicaba la ciencia de los astros. Allí se operaba su poder. Allí se guardaba el más poderoso talismán al que llamaban Vellocino de Oro o Cordero Solar. Por ello representaba en aquellos tiempos de traspaso e iniciales, la famosa Cólquida, la meta de los consagrados a la siembra espiritual.

—Desde aquí diviso —dijo de pronto, parándose, Linceo, cuya vista era privilegiada —los dos obeliscos que presiden, más al interior, en dirección sur, la entrada al recinto del Gran Santuario

Y diciendo estas emocionadas palabras, señalaba un punto alto que dejaba entrever la tupida fronda de las arboledas que cubrían las perspectivas.

—Allí hemos de llegar con la ayuda de los dioses y de los Padres Espirituales que dirigen la evolución —dijo solemnemente Mopso mirando el punto señalado por Linceo—. Somos los pioneros de la nueva Edad y allí llegaremos en plan de misioneros y fundadores de la gran civilización occidental. Sepamos todos cumplir con nuestro deber interpretando y eje-

cutando la voluntad de los dioses de acuerdo con los dictados del oráculo.

—Tengamos fe, hermanos, en el éxito final de nuestra empresa y sigamos siendo fieles a la voluntad divina tal como acaba de interpretar Mopso, nuestro gran oidor y vidente —corroboró Jasón, el Capitán.

Al llegar al Palacio del Rey Aetes, consideraron un buen augurio ver que el propio monarca se dirigía sonriente hacia ellos, haciendo con las manos acción de bienvenida.

—Sabía que vendríais —díjoles— y sé también la finalidad que os trae. Noble juventud consagrada al más alto ideal de la humanidad, ¡que los astros os ayuden y bendigan!

Aetes era un hombre maduro y de aspecto imponente. Ceñía su frente y su cabeza gris una corona de oro y su larga veste purpúrea, cubierta de blanca estola, era semejante a la de los sacerdotes caldeos. Al llegar junto a los Argonautas, levantó ambos brazos en actitud de bendición.

Nuestros héroes se inclinaron humildemente ante él.

Con un noble ademán, escoltado por algunos extraños guardias palaciegos, invitó el monarca a nuestros héroes a entrar en el Palacio, cosa que hicieron seguidamente.

Allí, sentado ya el Rey en su trono, dijo de nuevo a los nobles mozos griegos:

—Mis queridos recién llegados: Aunque os sé, por lo menos a algunos de vosotros, conocedores de la Ciencia Madre de todas las Ciencias, la Ley astral que regula los ciclos de la historia y la evolución de los pueblos, desearía que entre vosotros, el que encabeza la expedición me explicara el motivo de su llegada y el objetivo de vuestra empresa.

—Tú lo has dicho mi noble Rey —dijo Jasón— la ley cíclica de la historia nos guía, y la ciencia de los astros es nuestra aliada. Y si hemos afrontado juntos los peligros de esa expedición es para obtener de tu benevolencia y tu saber, la enseñanza y la investidura de la Era que comienza bajo el signo del Vellocino de Oro, talismán que obra en tu poder.

El Rey Aetes sonrió:

—Bien... bien... —dijo—. Más también sabéis que tales preciosos dones son fruto de poder. Y que en consecuencia, no se dan. Se tienen que ganar, Por tanto, antes tendréis que demostrarme que sois dignos de tan alta concesión. Las pruebas a que os tengo que someter previamente, serán duras. Un terrible dragón guarda la preciada presea, vigilando el sagrado recinto. Es vuestro deber soslayar su vigilancia y deponer sus furias. Luego, en torno de este sagrado recinto, pacen todavía unos bueyes salvajes que hasta ahora han labrado los campos de Aea y están enseñoreados, desde la antigüedad, de estas regiones. Pero ahora no hay quien los conduzca, ya que representan a un signo zodiacal muriente. Su trabajo ya no es necesario y debéis librarnos de ellos si queréis convertiros en pioneros del nuevo signo amaneciente. Pero antes que enfrentaros con tales pruebas, debéis conocer la clave astral de las sucesivas edades. Pensad que nada se consigue de balde en las esferas de la superciencia. Un mundo nuevo espera de vosotros... Demostrad, pues, vuestra capacidad de adelantados y de verdaderos héroes.

Humildemente respondieron los Argonautas que estaban dispuestos a aprender y luego, a enfrentarse con las pruebas mencionadas, ya que habían ido allí en busca del Talismán del Cordero Solar para sembrar su influjo en los lugares electos donde debía florecer la civilización naciente.

En la cripta del Santuario tuvieron lugar las lecciones y los exámenes correspondientes. Y al salir airoso en sus respuestas, eligió Aetes a Jasón, jefe de la expedición, para cumplir las pruebas. Mas ese rey no sospechaba que, en el decurso de los rituales astrológicos de su Santuario, su hija Medea, sacerdotisa y maga, que poseía todos los secretos del poder concernientes al nuevo ciclo de vida, habíase enamorado del apuesto Jasón y había prometido ayudarle a vencer las pruebas presentadas por el Rey su padre y a que se apoderara sin peligro del Vellocino de Oro, con tal de que se casara con ella y la llevara a Grecia.

Así fue. Y Medea fortaleció a Jasón con unas mágicas unturas y le dio el gladio invencible, para que venciera a los toros enseñoreados de los campos que antaño labraran. Luego, le ofreció la maga un filtro adormecedor para que lo diera al dragón guardián del Vellocino y pudiera penetrar sin peligro en el recinto sagrado y adueñarse del talismán solar.

De este modo, logrados sus fines con la colaboración de Medea y de sus compañeros, Jasón embarcó de nuevo en el "Argos" en compañía de la sacerdotisa de las estrellas y con el talismán de oro, poderosamente magnetizado, representado en la forma de un Cordero de rizado vellocino de oro macizo.

Una vez en posesión de la preciada y cíclica joya y cumplido el principal objetivo de su viaje, izaron velas apresuradamente y con la ayuda de los remos, emprendieron las Argonautas la ruta de retorno por el Ponto Euxino.

Mas entonces, decidieron efectuar su periplo después de costear la orilla noreste del Ponto y el Quersoneso Táurico, cuyo influjo pertenecía ya al ciclo muriente del Toro Celeste y con la bravura y el ímpetu de los cincuenta remeros, embocando el delta

anchísimo del Ister que al Ponto daba sus abundosas aguas. En aquel período del año era la corriente, de tan suave, imperceptible para el navegante y era fácil, con favorables vientos, remontar su corriente, como así lo hicieron con toda felicidad los Argonautas.

Varios días navegaron dichosamente entre las verdes orillas del ancho río hasta que al fin tomaron hacia el sur el gran afluente del Eridán cuyas aguas les condujeron, atravesando el Ródanus, ya aguas abajo, al país de los ligures y luego, a los incipientes núcleos civilizadores de la Galia y de Iberia, siguiendo sus accidentadas costas y siempre de acuerdo con la guía superior del consultado oráculo. Cuando éste les anunciaba la proximidad de un lugar propicio para la siembra espiritual, desembarcaban nuestros héroes y merced a una simple ceremonia de ajuste al ritual zodiacal de la Era naciente, depositaban allí sus talismanes propicios, dinamizados especialmente y cuya materia prima les ofrecían las mismas piedras magnéticas depositadas en el fondo de la nave desde la propia Magnesia excepcionalmente favorables a la realización de su oculta labor de siembra cíclica.

Así fueron estableciendo, a base de esas astrales fuerzas poderosamente dinamizadas, los núcleos de las futuras colonias y estados de la Grecia predestinada.

De retorno del extremo oeste, de las costas galas y de la península itálica por el estrecho de Escila y Caribdis, que atravesaron sin riesgo y con la divina protección, después de vitalizar astralmente las costas del oeste griego y sus Islas, disponiéndose ya a volver a Yolcos, el Hado les señaló otros designios y recorridos al empujar los vientos la nave, mal de su grado, hacia las desérticas costas del sur de Libia,

después de atravesar el ancho Mar Interior.[2] Allí dejaron los Argonautas, junto a un gran lago próximo al Delta nilótico[3] donde según el oráculo florecería una gran ciudad, escuela de arte y sabiduría en el futuro, un activo talismán de la Era naciente.

Desde Egipto se encaminaron a Creta donde los últimos Minos seguían fanáticamente los rutinarios ritos táuricos, que habían degenerado en parodias crueles e inoperantes, propias de un simbolismo decadente que fuera antaño vital y esplendoroso, coincidiendo con el mayor auge del período más glorioso de la civilización egipcia.

Para contrarrestar aquel nefasto y periclitado influjo así como sus malhadadas costumbres, Teseo, el ardido príncipe del Atica, invocando a la diosa Atenea o de la Sabiduría, decidió, después de realizar con un buen grupo de héroes en la gran Isla desembarcados, su simple ceremonial solar regenerativo, permanecer solo allí para destruir al monstruo fabuloso encerrado en el laberinto cretense que era fama destruía a los osados que penetraban en tan complicado y perdedor recinto donde fallaban la voluntad y el juicio humanos.

Mas Ariadna, la bellísima princesa hija del rey Minos, que columbraba los alcances de la expedición cíclica de los Argonautas, se propuso ayudar al joven Teseo y a tal fin, cuando penetró armado en el Laberinto edificado por su padre, sacerdote y mago negro del culto cruel y feneciente dedicado al Toro, le facilitó, hilado en su propia rueca de oro, un ovillo de hilo, cuya hebra ella retendría y que él iría deshilando a medida que avanzara por las tortuosas sendas quebradas del extraño recinto. Así, cuando logró

---

[2] El actual Mar Mediterráneo.

[3] Se refiere al Lago Mercotis, cerca de Alejandría.

llegar al lugar donde tenía su guarida el monstruo Minotauro, mitad hombre y mitad toro, terrible ser que vivía alentado por la magia negra y que se alimentaba de sangre como cruel vampiro que era, se encaró valerosamente con él y apelando al propio radiante talismán que llevaba y a su investidura cícilica, luchó con el monstruo, lo venció y destruyó. Y para no perecer en medio de aquel dédalo desorientado e interminable de pasillos y de recodos en todas direcciones, siguió el propio hilo que dejara al entrar y así, al fin y de manera segura, encontró la salida.

En premio de haberle salvado ella y por haber él salvado al país de Creta de aquel monstruo sanguinario, casó Teseo con la bella Princesa, su mentora y colaboradora en la empresa espiritual de la Era implantada. Mas al salir la pareja con rumbo al Atica, quedaron en la Isla Clío e Ifito, así como Deucalión, descendiente del primer sabio Rey Minos, dispuestos todos a afianzar la victoria de Teseo sobre todo rastro tenebroso de la pasada Era, preparando y estableciendo en aquel bendito solar los principios que tenían que alentar la nueva civilización.

En tanto, los restantes Argonautas siguieron su labor sembradora por el litoral oriental de Grecia y por el interior del continente, siguiendo el trabado oracular señalado por los astros.

De allí y a través del encadenamiento del vasto archipiélago de las Islas, llegaron a las costas de Asia. En cada lugar, dando fin a su viaje y trayectoria, se fueron quedando en su propio solar los Argonautas y príncipes nativos. Y por fin, dirigiéronse al país de origen, alcanzaron las costas del sur de Tesalia, después de visitar Tebas, Delfos, Atenas, Eleusis y otros puntos vitales. Llegados felizmente a las costas del sur de Tesalia atravesaron el canal de la

Fliotide marginado por los solemnes cantiles de las estribaciones del Monte Otis, y penetró majestuosamente la nave, con todo el velamen tendido, en las aguas del profundo Golfo Pagasético, semejante a un lago tranquilo y en cuyo fondo se extendía la ciudad de Yolcos y el abrigado puerto de donde un fausto día ya lejano, había partido.

Fueron recibidos los heroicos navegantes con vítores y aclamaciones. Jasón ganó, por derecho propio el trono de Magnesia de Tesalia, merced a su inteligencia y energía. Pelias, el falso rey, después de haber mandado asesinar a su hermano Eason, fue castigado por los dioses y derribado del usurpado poder.

Desembarcaron también en Yolcos, juntamente con Jasón, Eugeo, hijo del rey Forbas, Admeto, otro rey de Tesalia y Peleo, rey a su vez del país también tesaliano de los mirmidones.

Orfeo, acompañado de sus amigos Ceteo, Calais, Ergino y Enfeo, permanecieron en Yolcos solamente unos días, hospedados en el Palacio de Jasón, en tanto esperaban la llegada de una nave mercante tracia que les conduciría por fin a sus tierras boreales, cerrando el dilatado periplo ordenado por los Padres Espirituales de la Era que comenzaba.

CAPÍTULO V

LA GRECIA NACIENTE

A poco, como estaba previsto, embarcaron los últimos héroes tracios en la esperada nave mercante.

Atravesaron, costeando, la costa norteña de Magnesia, atravesaron de nuevo las tranquilas aguas del Golfo, doblaron el agudo cabo sur de Magnesia, y enfiló la nave su proa en la abertura del Golfo Termaico, rozaron las tres extremidades de la Península Calcídica de la vecina Macedonia y penetraron en el mar de Tracia. Por fin, en el decurso de varias jornadas de propicia navegación atravesaron el estrecho de la verde Isla de Thaso, avanzada de la tierra acogedora de sus mayores y avanzaron hacia el dulce puerto de la capital de Dorisea, no lejos del ancho valle que regaba el Hebro.

El norte de la Grecia continental era agreste e inhóspito visto desde el mar. Los frecuentes acantilados parecían arañar las dulces aguas azules internándose en su plácido espejo. Tierra adentro, las perspectivas eran duras, recortadas, cordilleras de cimas puntiagudas y riscos peñascosos. A veces, sin embargo, se columbraban grandes zonas verdes y boscosas. Eran los robledales gigantescos donde se criaban los potros salvajes que una vez domesticados por los nativos, eran apreciados como los más resistentes y hermosos caballos del mundo.

Los vientos septentrionales azotaban, durante todo el invierno, las tierras norteñas. Y aquellos vendavales devastadores de sus campiñas, hacían a las gentes impetuosas y arrojadas, valientes y duras, unidas en clanes belicosos e independientes.

Por ello, era Tracia un país especialmente agrícola y ganadero, pastor, domador, leñador y guerrero.

"Sin embargo —decía entre sí Orfeo— aquí me han enviado los dioses desde las verdes orillas del Nilo, para realizar la siembra del espíritu de la nueva Edad y para instituir los Misterios de Dionysos, el Osiris de los griegos". Y como un dulce contraste frente al destino, el rubio Príncipe sonreía...

Antes de desembarcar, el capitán de la nave, que tenía la confianza del rey, invistió a Orfeo con la armadura de oro correspondiente a su categoría de Príncipe heredero de un reino.

Escondió, pues, el místico cantor la mágica lira que consideraba su mayor tesoro y dejóse abrochar, sumisamente, el ceñido pectoral labrado; calzó las perneras, embrazó el pesado escudo y por fin, cubrió sus rubias guedejas con el casco guerrero ornado de enhiesta cimera blanca. Por fin, tomó por el puño incrustado de piedras preciosas la afilada espada y así, al frente de sus compañeros, abandonó marcialmente la nave, saludó a la guardia privada del rey, formada en el muelle y abrazó efusivamente a sus padres, el rey Eagro y a su madre, la dulce y hermosísima Calipso, así como a todos sus parientes y amigos entre los que se contaban sus futuros colaboradores, Museo y Linos.

Durante varios días, todo fueron festejos en la capital del sur de Tracia para celebrar el retorno del Príncipe. Montado en un hermoso ejemplar de yegua pintada, domesticada para él, presidió gran cantidad

de juegos y danzas, recepciones y desfiles y ejercicios militares.

En medio de todas aquellas galas y honores a él dedicados, Orfeo se sentía incómodo y molesto y experimentaba la nostalgia del Templo y de la Escuela heliopolitanos donde se instruyera integralmente y donde recibiera directrices, consejos y estímulos para realizar su futura obra. Allí aprendiera el sagrado canto, allí concibió sus primeros himnos, allí inventó su heptacorde lira, realizada según el cánon vibratorio de las estrellas. Pero, ¿cómo dar fe a sus padres de su auténtica vocación, cuando Eagro habíase formado en la severa escuela de la lucha y quería a su heredero por auténtico sucesor de un trono en constante pugna y en posesión de todos los ardides de la guerra y de la conquista? ¿Cómo referirle la verdad de su destino, lo que le había anunciado el Hado?

Pacientemente, esperaba el momento de despojarse de aquellos paramentos para dar tregua a su natural místico y poético. Anhelaba ya, de todo corazón, vagar sólo por los bosques y los prados, identificarse con los rumores de la Naturaleza, contemplar sus serenas hermosuras, seguir las orillas de los ríos acompañado sólo de su armoniosa lira y recitar sus estrofas de invocación. Realizar, en suma, su obra espiritual creando la Grecia naciente, vehículo predestinado para encarnar la nueva civilización.

Orfeo tenía fe en que sus cantos desarmarían de odio a todos los seres; que a los acordes de su lira sus himnos sembrarían la paz, el amor y la armonía; que sentirían henchirse sus corazones de fraternal conciencia, indispensable a su unidad, base de su futuro. Y, sobre todo, que sus almas se sentirían llamadas, a través del ritmo de sus estrofas y a su

siembra de sabiduría, a la realización de la integral belleza.

Por fin, un día, aquel príncipe bellísimo de casta real, que creían todos predestinado al mando, se despojó, ante la natural consternación de su progenitor y de los jefes guerreros, de todas sus armas. Y empuñando la heptacorde lira comenzó a recitar uno de sus mágicos himnos de invocación.

Y cuando comprendió que su música y sus profundos recitados avasallaban el ambiente, armonizaban el desconcierto y deponían las belicosas actitudes, dijo dirigiéndose a su padre el rey:

—¡Padre mío! Perdóname. Yo no he nacido para mandar sino para obedecer otros superiores dictados divinos; no para batallar, sino para amar a todos mis semejantes. No temas. Yo conquistaré la unidad de todos los griegos, mas no con las armas, sino con la lira. Porque los dioses quieren que nuestro pueblo sea grande y libre y feliz, unido en la paz y gobernado por leyes emanadas de las altas esferas celestes...

—¡Hijo mío! —exclamó, sollozando, el monarca tracio—. Toda mi vida alimenté la ilusión de que tú serías mi sucesor y heredero. Yo te quería dueño de este trono, dueño de todos los ardides del poder, valiente en la guerra y soberano digno en la paz. Y veo de golpe ese sueño desvanecido...

—¡No, Padre! —exclamó Orfeo, arrodillándose ante el rey—. Trata de comprender. No me mueve mi voluntad, sino el oráculo. Piensa que la promesa de la futura gran Grecia no se halla en los campos de batalla, sino en el secreto de los Santuarios. Un gran dios me asiste: Dionysos. Es el dios encarnado en el hombre nuevo. Mi misión es desvelarlo en el sagrario de cada alma, invocarlo con mis cantos de armonía... ¿Comprendes ahora, Padre mío?

—¡Yo te comprendo, hijo mío! ¡Bendito seas! —exclamó conmovida su madre adelantándose hacia él y abrazando al hijo, llevada de su natural amoroso y místico.

Entonces, el rey Eagro, vencido por no se sabe qué poderosas fuerzas actuantes, bajó la cabeza y secando sus lágrimas, se postró a su vez ante su hijo exclamando:

—Quiero comprender! ¡Quiero comprender! Conozco la profecía de los adivinos desde tu nacimiento. Era yo el equivocado; era yo el soberbio. Tú me ayudas a reconocer la divina voluntad. Sigue, pues, el camino por el que has nacido y yo te ayudaré.

Desde aquel momento, renunció Orfeo al trono, a la vida palaciega, a la posesión de sus riquezas, a los ejercicios bélicos y a la doma de potros bravos. Ayunó, vistió su sencilla túnica de lino y ayudado por sus compañeros Eurino, Enfeo, Calais, Ceteo, Museo y Linos, erigió, sobre la alta roca costera que abría la desembocadura del río Hebro, en cuyas frescas aguas se purificaban, un templo consagrado a Zeus-Dionysos, sustentado por la fuerza celeste de un cíclico talismán de la Nueva Era.

En torno a aquel Santuario, bañándose en su puro ambiente, saturados espiritualmente en la armonía celeste de los himnos órficos, alimentados por sus enseñanzas, se fueron congregando en su recinto sagrado los jóvenes idealistas de toda la Tracia, sensibles al imperativo ambiental del mensaje del signo que en el cielo amanecía.

A ellos les relataba especialmente Orfeo, secundado por sus compañeros, las aventuras y el significado de su viaje colectivo a la Cólquida asiática y los medios ocultos por los que entraron en posesión del Vellocino de Oro, el talismán solar. Y al relatar-

les su periplo de retorno a los nuevos heráclidas, les sugería lo que sería la civilización futura, su delimitación según los planos esotéricos, la siembra eficaz en los lugares magnéticos, las características de la semilla cuyo florecimiento y cosecha daría por fruto la civilización occidental.

Una vez consolidado aquel centro místico y talismánico en la tierra que le vio nacer, Orfeo sintió el impulso interior de su lírico deambular por las tierras prometidas.

Entonces, investido con el dulce poder de la divinidad dionisíaca, solo con su lira, emprendió el cantor de Grecia su senda predestinada por los lugares que requerían su presencia y su bendición, sembrando, mediante sus himnos, la buena nueva de un mundo mejor, creando los hitos espirituales de la civilización occidental.

Así atravesó los llanos y los bosques, los montes y los ríos de Tracia, de Macedonia y del Epiro. En Dodona se internó por sus espesos robledales, en busca del famoso oráculo. Halló por fin a las tres ancianas sacerdotisas clarividentes y clariaudientes que lo servían. Al verle, reconocieron en él al Precursor de la Grecia naciente, al hacedor de su unión sagrada por lo que trataron de fortalecerle y estimularle en su místico deambular.

De allí pasó Orfeo a Tesalia ascendió al monte Olimpo y explicó el misterio de los grandes dioses, transferido a los poderes zodiacales y universales y a sus agentes planetarios. Y con ello, fundamentaba la ciencia hermenéutica, cuyos fundamentos aprendieron en Egipto. Con ella explicaba las claves de los mitos divinos para que fueran asimilados y pervivieran en el transfondo de la fe popular.

Así aleccionaba a las sencillas gentes de los lugares por donde pasaba a la par que las realzaba con

el bautizo silente de su propia aura y de la magia ejercida a través de sus cantos.

Y llegó al idílico Valle de Tempé, donde crecían los laureles que era fama procuraban la inspiración, la salud y la condición divina. Esas virtudes, según la creencia popular, las transmitían las aguas del río Peneo que regaban abundosamente sus huertas y sus bosques. Esas aguas de tan excelsas propiedades, se vertían en el Mar entre el majestuoso Olimpo a un lado, y el erguido Monte Osa en el otro.

Siguiendo el delicioso valle, encaminóse el divino cantor a Delfos, el famoso Santuario oracular de la Fócida.

La razón oculta de esa peregrinación de Orfeo por todo el perímetro de la Grecia naciente, era catar los lugares sensibles y dinamizarlos con su fuerza espiritual creando focos de civilización, servidos por individuos despiertos e identificados con las necesidades del presente y del futuro.

De este modo, pasando y cantando, fue estableciendo Orfeo por el mundo antiguo esa red de engranajes invisibles capaces de acoger y hacer fructificar la siembra talismánica de la Nueva Era que nacía, de acuerdo siempre con la vibración propia de cada lugar.

El medio receptor más apropiado de esa fuerza universal, eran las llamadas Piedras del Cielo o magnetitas, extraídas especialmente de Magnesia.

Mas en el lugar del Santuario délfico, en la misma gruta donde daba el dios solar sus oráculos, existía ya una de tales Piedras del Cielo, el poderoso y magnético *omfalos*, piedra pítica y oracular sobre la cual se colocaba el trípode de oro de la profecía y bajo cuyo influjo predecía la sensible pitonisa.

Relataba la tradición de aquel imantado lugar que, peregrinando un día con altos fines espirituales

por la Fócida, Tiresias, el ciego iniciado y vidente acompañado de su hija Manto, dotada también de dobles sentidos, acertaron a pasar, padre e hija, junto a aquella gruta, situada en la proximidad del pueblecillo de Delfos, al pie del Monte Parnaso, en cuya cima brotaba el agua milagrosa de la Fuente Castalia.

En aquel punto, se sintieron ambos dotados de mayor luz e inspiración y tuvieron la certidumbre de que aquel era un lugar predestinado y excepcionalmente protegido y asistido por Apolo, el dios de la luz para transmitir a los mortales su voluntad a través del oráculo señalando el verdadero destino a los hombres.

Así fue Manto la primera *pitya* o sacerdotisa de aquel rupestre Santuario, por lo que fue llamado, en sus orígenes, Manteion. Hijo de esa lúcida protoprofetisa, fue Mopso, el gran amigo y colaborador de Orfeo, destacado Argonauta a la sazón, guardián e intérprete del mentado oráculo de Apolo pítico.

Prosiguió Orfeo desde allí su peregrinación a través de una Grecia en ciernes, fraccionada, dividida, con una organización casi tribal, en la que los pequeños estados nacientes se hacían la guerra entre sí, encarnizadamente, con ansias de expansión y predominio.

La primordial finalidad de la misión de Orfeo consistía en la comprensión y en la unidad de los pueblos. Aunque bien sabía el lírico héroe que la auténtica labor transmutadora debía operarse directamente en el individuo desarmándole de odio, de separatividad y de codicia. Sabía que sólo así podrían algún día llegar los pueblos a la unión por el entendimiento y el ideal común de sus moradores.

Por ello, la más acendrada siembra órfica, la efectuaba el cantor divino al compás de su lira sin-

tonizada con las estrellas. Así modelaba mediante la armonía, a las almas que le escuchaban. Así las gentes sencillas al sentir evocada su divinidad a través de los himnos mágicos, les afloraba la beatitud, despertaban a la comprensión e inflamados de un inmenso amor, se sentían tocados por la Gracia. Y consideraban un privilegio oírle porque se sabían envueltos en su aura radiante y dulcísima. Y le seguían devotamente, en su peregrinaje artístico y trascendente.

Y no eran sólo los hombres los que se beneficiaban de su mensaje. Eran las bestias fieras que hallaba al paso. De ninguna se defendió y ninguna le dañó porque a su influjo deponían su agresividad, perdían la malevolencia y humilladas y enternecidas, le lamían, mansas, los pies descalzos. Oyéndole tocar la lira y cantar sus poemas, su expresión de fiereza se trocacaba en éxtasis sumiso. Y le seguían como un rebaño a su pastor, sin atacarse mutuamente, sin hacer a nadie un rasguño...

Franqueando la dilatada y angosta cadena del Otis, llegó Orfeo, peregrinando, a una larga meseta cubierta de hayas y de abetos que por un lado daba al mar y por el otro se encrespaba en moles gigantescas, perfiladas de cortados picachos. Era la entrada de la Grecia sureña, la mejor plasmada, política y espiritualmente.

No dejó allí de visitar Orfeo los centros incipientes de civilización, como Tebas, fundada por los egipcios en la Beocia; como Atenas y Eleusis, en el Atica, cuyo culto espiritual se centraba en la gran Madre, Deméter a ejemplo de aquella Isis divina del país que regaba el Nilo.

Luego, por la Megárida, aquel estrecho que juntaba dos mares, istmo de dos mundos, se penetraba en el Peloponeso, tierra de Pélope, de antiquísimo origen atlante.

Y tras una muralla de imponentes montes, la Arcadia feliz y bucólica, sembrada de prados y de flores, pastoril y fecunda, que hacía a sus hombres contemplativos y creyentes, sensibles a la belleza de las cosas. Y Corinto que en la Era Táurica que fenecía fuera colonia de Creta, la Isla avanzada y floreciente. Luego, al sur de la península, la encajonada Laconia que daba los individuos más tenaces y viriles del orbe.

De la placentera Argólida, rica en mieses doradas, cruzada de torrenteras, partió Orfeo hacia las Islas, dulcemente diseminadas en el mar, como búcaros consagrados a la divinidad marina. Allí, grutas, templos, gentes fáciles a la adoración, imaginativas y soñadoras, con emergentes facultades propias. Allí era fácil el abrazo y la unión. Por ello, los compañeros de las orillas del Golfo de Corinto y los del Atica, habían ya dejado entre los isleños el ansia compartida de una organización democrática y federativa de unión y mutua ayuda, libre y unida, con un vínculo común: las Anfictionías.

Las Anfictionías constituian la fórmula ideal para los nacientes estados comunales en plena paz y prosperidad, intercambiando sus productos, su agricultura, sus manufacturas, al par que sus riquezas y sus ideales.

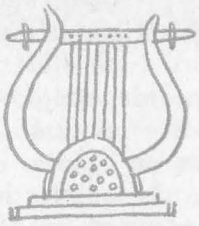
Más allá, entre el grupo feliz de las Esporades, próximas a las costas orientales de la Caria, de la Libia, de la Frigia, de la Misia. Y de allí, ascendiendo por las zonas boreales, por el Helesponto, llegó Orfeo otra vez a Tracia, su tierra nativa.

—¡Bendito sea el primer sol amanecido en la tierra de mis mayores! —exclamó al pisarla, Orfeo—. ¡Haz fructificar mi siembra!

Y como máxima oración, arrancó de su heptacorde lira, los más sobrenaturales y armoniosos acordes.

CAPÍTULO VI

LA LIRA DE ORFEO



La lira era para los griegos, desde los remotos orígenes de la civilización occidental, lo que el sistro para los egipcios; un instrumento mágico, mediador entre el hombre y la divinidad, vehículo religioso, evocador de la *tétrada sagrada* por sus cuatro cuerdas que respondían a los cuatro brazos de la cruz cardinal o solar del año, los cuatro ritmos de la Naturaleza y de las estaciones. Sus acordes obedecían por tanto, a los cuatro reinos o ritmos de la Madre Tierra, los cuatro elementos, los cuatro ritos místicos, las cuatro purificaciones, el cuádruple enlace ritual de todas las religiones solares y primigenias.

La primitiva lira griega era de cuatro cuerdas o sea, tetracorde y era pulsada casi exclusivamente en el seno de los Santuarios y servía de vínculo de invocación a la divinidad en los oficios religiosos.

Fue Orfeo, desde su infancia, diestro tañedor de ese tetracorde instrumento en Tracia. Y cuando alcanzó la hombría y marchó al centro cultural y religioso de Heliópolis, adaptó a la lira, su instrumento lírico, las siete cuerdas que respondían al septenario del Universo y del hombre, a las siete vibraciones plantearias, a los siete sonidos mágicos, a las siete vocales del lenguaje sagrado, a los siete tonos de invocación acordados a la tónica vibratoria del mo-

mento, en correspondencia con los siete colores del espectro solar.

A esa lira heptacorde, acopló Orfeo una nueva caja de resonancias que respondía a las enseñanzas musicales aprendidas en Egipto, en la Escuela de sabiduría. Esa forma de modular los sonidos y combinarlos y ajustar sus acordes a las palabras sagradas mediante las mágicas resonancias, regulaban los módulos de la arquitectura, el orden de los rituales, y la proporción y la acústica de los lugares donde se ejercían las sagradas operaciones, así como los áditos de los templos y las criptas de iniciación y las aulas de la superior enseñanza para el desenvolvimiento espiritual de los oyentes y el desvelar de los supersentidos.

Orfeo lo sabía y aplicó ese conocimiento de las básicas vibraciones cósmicas a la lira griega, ya que su ideal como cantor y poeta, era ofrecer al mundo un instrumento sensible y perfecto, ajustado a sus inspirados himnos de poder, apto como ninguno al mensaje, a la unitiva religión de los nuevos tiempos entrevistos, unciendo a sus ritmos las tónicas estelares. Sobre todo, anhelaba, en la medida posible, llegar a lo que los egipcios llamaban la herméutica del mito, a la mitosofía, a la sabia exégesis de los símbolos divinos, lectura espiritual de las leyendas, llenas de sentido trascendente, de las creencias de su tierra.

Con ese maravilloso instrumento por compañía, llegó Orfeo, obediente a las insinuaciones de los hierofantes, a su tierra, Tracia. Y allí ejerció ese arte profundo aprendido en el país de la sabiduría. Allí pulsó pródigamente la lira con un sentido maravilloso de su altísima misión sembradora en el ciclo amaneciente... Allí encantó a sus oyentes y atrajo a los espíritus de los elementos y a los guías estela-

res que, con el nombre de los dioses correspondientes, se unían al influjo del aura del Enviado griego intensificándola, colaborando con su misión cíclica.

De ese modo, la naciente teogonía órfica estructuraba el mensaje y atraía a los elementos poderosos del Universo como colaboradores altísimos de su labor en la Tierra. Así afirmaba la composición primaria del mundo naciente, el significado de los grandes dioses, las danzas planetarias ejecutadas a tenor de las predominantes siderales. De ese modo, iba difundiendo, a través de la armonía, el futuro ritual mágico de los Templos griegos.

Los siete tonos de la lira órfica, correspondían a los siete colores incluyendo el blanco lunar. La Luna poseía una importancia fundamental en la religión, ya que la Luna, el satélite de la Tierra, era considerada en Egipto como la mediadora y transmisora de todos los influjos celestes, centro magnético, receptor y transmisor de los potentes efluvios universales. Por ello, la música órfica constituía el más grande sistema armónico, lírico y psíquico, espejo del Universo, agente de unión entre la Tierra y el Cielo, palanca del despertar espiritual de la humanidad a las maravillas siderales y naturales, medio de inmensa significación oculta, arquitectónica, poética, trasunto vibracional del infinito espacio, condensación en la Tierra de las vibraciones y potencias astrales, así como de sus estructuras, su irradiación e influjo ético y de sabiduría y de su inmenso y casto amor plasmado con el poder de su vibración purificadora del código del hombre nuevo y de la vida superior.

Al revelar Orfeo el ámbito vibratorio de cada una de las cuerdas de su lira y su significado universal, demostraba que se hallaban templadas de acuerdo con el respectivo diapasón de las estrellas

que constituyen en nuestro Universo, el celeste septenario conectado a su vez con cada uno de los siete principios del hombre desenvuelto y con la septenaria envoltura de la Tierra, como entidad cósmica y egoica. Así, la primera de las cuerdas de la lira órfica respondía a Cronos o Saturno que era el planeta de la consolidación que hacía a los seres profundos y filosóficos, contemplativos, pacientes, autosojuzgados, equilibrados, fríos, cautos, pacíficos y fieles. La segunda cuerda, vibraba a tenor de Zeus o Júpiter y correspondía al idealismo, a la religiosidad, a la tolerancia, a la sociabilidad, a la capacidad argumental y discursiva. La tercera vibraba de acuerdo con Ares o Marte de tónica impulsiva, arrojada, valiente, emprendedora, llena de fuerza y de voluntad. La cuarta correspondía al Sol, centraba a las siete del heptacordio y su influjo correspondía al principio vital, radiante, integrador, eufórico, expansivo, generoso, apetitivo, magnético, noble y grandioso. La quinta sintonizaba simpáticamente con Afrodita o Venus, la estrella del amor, de la amistad, del refinamiento, la sensibilidad, el arte, la gentileza, la cortesía, la dulzura, la armonía y la belleza en todas sus formas. La sexta correspondencia a Hermes o Mercurio, el conductor o guía de las almas, el teorizador, el argumentador, señor de los discursos, de los planes y estudios, sendas, traslados y proyectos, el que enseña a comportarse, a moverse y relacionarse. La séptima se hallaba consagrada a Artemisa o la Luna, la Madre celeste, señora de las semillas y las germinaciones o engendramientos, así espirituales como materiales, siendo la protectora del hogar, de los desvalidos, la protectora de los niños como de todo lo indefenso, lo elemental, lo errático. Ella rige los ritmos de la Naturaleza, la vestidura del Augoeides.

En verdad, de ese septenario se derivaban las proporciones del arquetipo, el modelo de la divinidad adaptable al hombre.

Cuando la ciencia del número y la ciencia de la palabra se acomodaban a ese fundamental septenario, el Velo de Isis o la sabiduría de Temis, la diosa que regía el orden universal, comenzaban a revelarse en los seres. Y con la ayuda y contribución de todos los factores septenarios mentados y que constituyen en el orfismo el medio de superación lirosófico, se iban destruyendo los muros de la limitación, de la ignorancia y del dolor.

Ese alumbramiento del trascendental septenario cuya ciencia revelaba la música de la lira órfica, eran como otras tantas lámparas de sabiduría heredadas por los egipcios de sus padres atlantes.

Esa sabiduría y esas prácticas conducían a la finalidad última de todas las Iniciaciones: el misterio llamado de la tumba abierta, la prosecución de la Vida a través de la conciencia. Y era la florescencia de los siete cetros de poder posible en el hombre y la fórmula, al fin, de la inmortalidad.

De este modo, el auténtico lirófilo, el conocedor de todos los secretos de la lira de Orfeo, despertaba en sí mismo al dios, a Dionysos. Que tal era el *teletai* órfico.

De los primeros y más allegados discípulos y colaboradores de Orfeo surgió la institución de los llamados en la sociedad antigua *Orfeoteletai* o Iniciados Orficos, famosos sanadores o terapeutas revestidos de poderes que, pulsando la lira y recitando ciertos Himnos mágicos del Maestro aprendidos, se dedicaban a purificar periódicamente a los seres y los ambientes en los días y momentos propicios de acuerdo con la fausta estrella del requerimiento. Y la bienhechora cohorte de los *Orfeoteletai,* ejercían

de ese modo un auténtico apostolado ejemplar, dedicados a la cura espiritual por la purificación. A través de ese culto directo y primigenio, no sólo sembraban la semilla de la salud y de la armonía, sino la del conocimiento. Con la magia de sus himnos, las gentes quedaban arrobadas, puras y felices, limpias de pecado, potenciadas en todos sus aspectos. Por ello se hizo costumbre que visitaran periódicamente, ritualmente los hogares de las familias griegas para ejercer el altísimo ministerio del canto y de la música que sanaban los cuerpos y las almas, sembrando la paz, la serenidad, la confianza y el bienestar entre las gentes al dejarlas descargadas de negativas adherencias astrales, limpias de imperfecciones, de obscuridades y pecados y atrayendo sobre ellas la total armonía.

Uno de los elementos mediadores de esa poderosa comunión habida entre los órficos y los Padres espirituales de la Era naciente, era la bebida sagrada llamada *kikeón,* que consagraba la fraternidad entre los iniciados griegos y también el famoso *dictamo,* la hierba mística y oculta, ya que trasmitía, al par que la exaltación dionisíaca, el poder de la clarividencia y el éxtasis a los seres más sensibles y predispuestos a la percepción espiritual.

Tales bebidas, en todo semejantes al *Hou* de los egipcios y al *soma,* de los orientales y que era fama se componían "de planta y ángel", constituían a la vez, el alimento y el estímulo de esa transfiguración que permitía percibir la dádiva oculta de ciertos ambientes. Las personas psíquicas, no muy desarrolladas espiritual o intelectualmente, experimentaban fenómenos y presentían presencias que eran seleccionadas y conducidas por los diestros sacerdotes órficos. En cuanto a los seres espiritualmente desarrollados, el efecto era despertar en ellos ese superior estado que

denominaban *teopneusia*, de comunión espiritual consciente con los guías invisibles, al par que investía al que ingería tales sagradas bebidas con una beatitud y un estado de inmanencia y de lucidez consciente que enriquecía sobremanera sus experiencias internas.

Los místicos cantores órficos, eran excepcionalmente diestros ajustando a los acordes de su lira y al tono de sus recitados las modalidades de los astros rectores. En ello residía el inmenso, imponderable poder *dianoético* del arte, ejecutor invisible de medios propicios que atraían a los arquetipos o modelos de perfección, con los que podían plasmar los cuerpos y las almas en la superior belleza, De tales experimentos allegaban los discípulos la supermemoria, característica de Mnemosina, la madre de las Musas. Esa facultad de la supermemoria, era en todo semejante a la intuición, al almacenamiento positivo de la conciencia y residía en el *nous* o mente iluminada. Tal era la magia ejercida por Orfeo y sus discípulos, magia *dianoética* en verdad porque se ejercía a través del *nous*. El *nous* era, pues, aquella porción del alma llamada mente superior, en comunicación sensible y consciente con el mundo perfecto, arquetípico o *noético*, fuente eterna del pensamiento, raíz de la "ideación divina".

De ese modo ejercían la modalidad superior curativa o terapéptica los *orfeoteletes*, aleccionados por su maestro Orfeo.

La complejidad de esa ciencia terapéutica completa, destinada a la purificación o catarsis de los ambientes, la aprendían los discípulos de Orfeo en el templo primario de las criptas consagradas a la Gran Madre, lugares poderosamente imantados, talismánicos, donde a través de los vínculos planetarios y luminares, entablaban relación con los cósmicos protectores, los fuegos celestes. Allí tenían inusitado po-

der los vahos, los ecos, las evocaciones, las purificaciones por la intervención de las fuerzas rectoras.

De la cripta del santuario de enseñanza donde se celebraban las iniciaciones, surgió la idea de convertir los bosques que rodeaban los santuarios en sanatorios donde, bajo la guía de los diagnósticos obtenidos por medios no asequibles a la multitud, se aplicaban las leyes naturales, el poder apropiado de los elementos, y regeneraban cuerpos y almas con las prácticas aconsejadas y el influjo de determinados ambientes. Las plantas medicinales, las aguas aplicadas en mil formas, el sol, el aire, la tierra, los vínculos astrales de los colores, los aromas, los imanes naturales, las piedras preciosas, los metales, etc. aportaban debidamente manejados, los elementos de toda curación a aquellos que merecían el don de la vida.

Siempre y en todo momento, la inteligible luz evocada que presidía la conducta y los actos de los órficos, la encarnaba el esoterismo griego en Fanes, tanto si ejercían su varia, maravillosa terapéutica purificadora como si mediante la ciencia hermenéutica interpretaban el sentido esotérico de los mitos y de las leyendas divinas, ejerciendo la poderosa fuerza descendida del signo positivo que presidía la civilización naciente bajo el signo del Cordero Solar.

CAPÍTULO VII

DIONYSOS

La cripta abierta en el Templo erigido por Orfeo en Tracia sobre la cima del cantil de piedra que marginaba la boca del Hebro que daba al poniente, se abría al mar y al cielo infinitos. A esa cripta secreta se descendía por una estrecha abertura abierta en el ádito. sagrario del Templo, recién inaugurado y consagrado por el príncipe tracio y alto iniciado egipcio, a Zeus-Dionysos.

Allí se celebraban, en las noches de plenilunio o en las neomenias —los dos hitos místicos lunares, coincidentes con los cuatro brazos que constituían la cruz mística del Sol durante el año, la cuádruple oleada de vida que iniciaba las estaciones, los ritos de purificación observándose los preceptos de desenvolvimiento integral del individuo preparado.

Allí daba Orfeo sus lecciones a sus electos discípulos. Colocado en la punta del terraplén que formaba el saliente de la roca sobre el mar, ignorado de los hombres y reconocido por los dioses, en colaboración con los espíritus de los elementos y con las fuerzas de la Naturaleza y sus agentes, pulsaba en silencio Orfeo su heptacorde y mágica lira y a sus acordes, iniciaba el Himno sintonizado con el influjo predominante de los astros y de ese modo, vinculaba el ambiente con la divina voluntad.

Una de aquellas nítidas y serenas noches de estío, prodigiosamente estrellada y consagrada a la Gran Madre, el Himno órfico dedicado a Fanes tenía una intensa significación, una vivencia trascendida, una vibración oracular. Significaba, por tanto, un mensaje que abría las almas a la luz, ya que Orfeo enlazaba el lugar consagrado con las estrellas resplandecientes, testigos de su místico quehacer cíclico.

Así, cantaba a los divinos acordes de su armonioso instrumento:

"¡Oh nodriza suprema de todos los poderes divinos,
noche inmortal! ¿Cómo, sin la mente consagrada,
puede nadie alcanzar la fuente de la segura Inmortalidad?
¿Cómo podrían subsistir todas las cosas
si en tu seno no se preservara su existencia?"

Y Fanes, la luz nocturna (lámpara viva de la Madre Eterna, respondía a través de la transportada lira del inmenso Poeta:

"Todas las cosas reclusas en mi seno
y en el éter profundo, incluyo
en mi inefable abrazo; entonces,
en medio del Eter, resplandecen los Cielos
incluyendo la Tierra de extensión infinita,
y el mar y las estrellas que el Cielo coronan..."

Arrobado, transpuesto por el inmenso derrame de fuerza espiritual que su canto suscitaba, levantaba Orfeo la hermosa cabeza y con los ojos cerrados, arrobado de inmenso amor su corazón, suplicaba con sus cantos al Altísimo:

"¡Ayúdame, Cielo, a realizar la obra divina!
¡Ayúdame a pronunciar la Palabra del Padre,
la primera palabra de sabiduría que brotó de su soplo
creando este inmenso conjunto del Universo!..."

El humo perfumado que emanaba en espirales de una pira enorme, tras él encendida con maderas aromáticas y que centraba el círculo silencioso donde permanecían de pie y concentrados sus discípulos, aureolaba a la sazón la ideal figura del Maestro.

Terminado el canto invocatorio, volvióse Orfeo lentamente hacia sus discípulos y señalando el flamero ardiente, dijo:

—El doble de este fuego que aquí veis, representa al signo zodiacal que ahora amanece. El sella nuestra tierra predestinada. ¡Que arda perpetuamente como símbolo del entusiasmo, llenedumbre de divinidad, en nuestros corazones consagrados! Pero nunca olvidemos que, junto al fuego de Ares, el dios o Espíritu Planetario que preside el signo zodiacal del Cordero celeste, debemos santificar y actualizar también el equilibrio y la Armonía, atributos de la Balanza, signo opuesto y complementario del Cordero y Trono zodiacal de la Diosa Afrodita, encarnación del Amor y de la Belleza y que debe presidir la contraparte espiritual y oculta de la Era amaneciente determinando el Ideal supremo de las tierras griegas de las orillas predestinadas de este inmenso Mar Interior. ¡Zeus-Dionysos! ¡Dios único! Despierta en el interior de todo iniciado, tras la prueba última en que vence a la misma muerte, como Osiris en el misterio final de la tumba abierta, en los Santuarios profundos del sagrado Nilo. Porque de la Muerte surge la Vida; del sueño o del sopor en que se hallaba sumida el alma, el dios velante; de las tinieblas, la luz. Arder como esta llama, es la

divisa del signo que preside nuestra Era. ¡Arder! Y con el templario divino de la música, elevarnos a los universales ritmos y armonizarnos a su tenor y a su semejanza. ¡Hermanos míos! Comienzan las fiestas trietéricas bienales consagradas a Dionysos, el dios antropomorfizado, el Arquetipo del hombre ideal que nos preside, ahora como nunca vivo y que a través de esos simples oficios sagrados nos plasma e imagen suya...

Diciendo estas palabras, como poseído por el evocado dios, Orfeo avanzaba a pequeños pasos hacia el interior de la gruta, hasta penetrar en el centro del círculo formado por sus colaboradores y discípulos.

Allí, junto a la llama perfumada, prosiguió el Maestro con voz armoniosa y dulce:

—El Espíritu dionisíaco debe encarnar en nuestro pueblo. Tratemos de ser, a su semejanza, hermosos por dentro y por fuera. Tal es la divina contraseña. La hermosura atrae la protección de los dioses, ya que ellos son dechado supremo de perfección y de belleza. Arder como esa llama, —añadió, en tanto mostraba, casi acariciándolo, el ardiente flamero perfumado— es la divisa del signo que hemos inaugurado. Y el mensaje de la Grecia naciente... Realizar el perfecto arquetipo es la voluntad de los Padres Espirituales que presiden nuestra gran civilización. Tratad de identificaros, desde este lugar que entraña la semilla espiritual de la Era nueva, el nacimiento de lo que por nuestro impulso sobrevendrá sobre este suelo elegido. ¿Comprendéis, amigos, hermanos míos, el significado de ese doble, compenetrado ideal de los dos signos zodiacales mencionados? Hemos de responsabilizarnos del sideral requerimiento. Hemos de educar a las jóvenes generaciones en un ideal de belleza completa. Deben adorar, no sólo la hermosura y la perfección de las formas,

sino las ideas madres que sustentan esa uránica belleza que emana de la armonía del Universo. Pensad que la plasmadura interior es más dura y difícil que el modelado externo. Forjar cada cual, de acuerdo con el ideal de belleza entrevisto la estatua interior, es lo que importa. Cincelarla, pulirla, evocar sus virtudes, alcanzar sus logros, vislumbrar los vencimientos de cada día. Esa elegancia de cuerpo y del alma es un trabajo lento y tenaz, pero el ideal de la raza lo requiere, y será —lo he entrevisto, gloriosamente— la perfección máxima del hombre y de la mujer griegos marcados por un medio de belleza servido por las artes todas... No se tratará sólo de los cánones de proporción de la hermosura física, sino de un ascenso piramidal de las verdades aceptadas, a la cumbre convergente de las ideas madres que las fundamentan. Y la escuela del teatro popular... Y las bellas artes todas... Y la poesía y la épica, y la lírica... Todo servido, desde el secreto de los santuarios renacientes, por esa ardiente deidad dionisíaca capaz de encender y de purificar como esta llama, revulsiva deidad la más incorporable al ser despierto a la nueva luz. ¡Oh, maravilla del hombre nuevo!...

—Maestro ¿Y la actitud? ¿La abertura de la comunión en los medios cerrados? —preguntó humildemente, Linos.

—La alegría dionisíaca —respondió Orfeo, sonriendo gloriosamente. ¡Ah, esa oración del entusiasmo, esa incorporación, a través de la alegría, del auténtico espíritu del dios Dionysos alentando, viviendo en todos vosotros!... Nada se resistirá a la magia de esa clave ígnea...

—Transmítenos tu gracia, Maestro —insinuó Calais, otro discípulo, amigo íntimo de Museo.

—Es vuestra. ¡Arrebatadla al aire! ¡Ah, saludar con la alegría, dar salud con sólo vuestra presencia!...

—Hablaste de saludar, de "dar salud" —añadió Ceteo, uno de los más fervorosos allegados. —¿Será que la enfermedad fundamental de los seres les inhibe de incorporarse esa dionisíaca gracia?

—Sí, sanar es lo que importa. Sanar es purificar. Purificar es desprenderse de toda forma de fealdad y de ignorancia. Es revivir por la verdad la bonda y la belleza. La Gracia de Dionysos nos asiste y derrama sobre nosotros, ahora especialmente, la misteriosa dádiva de todos los comienzos, la oleada cósmica de la vida nueva capaz de vitalizar todo un ciclo de civilización. ¿Podéis imaginar el privilegio que supone convertirse en transmisor, por contacto directo, de la gran fuente de la energía universal? Todo depende de vosotros... Yo sólo os puedo ayudar a conseguirlo, como os ayuda este lugar, este lampadario encendido, la magia de la música y el recitado de los himnos, los vínculos propicios, el talismán consagrado...

—A pesar de tus palabras, yo tengo la seguridad de que en tí reside el doble poder del Hermes cíclico en este período que se inicia y la investidura de doble radio que, partiendo de la periferia de dos signos opuestos y complementarios de la inmensa rueda zodiacal, convergen en el gran centro irradiante.

—Tú eres, Linos, el mencionado Hermes, como lo sois asimismo tú y tú y tú —decía Orfeo en tanto iba citando a sus allegados colaboradores, uno a uno, con una fuerza afirmativa incontenible—. Todos podemos convertirnos en agentes de la gracia y del poder universales porque somos cada uno un microcosmos, aunque a veces lo ignoremos. De nuestra ac-

ción directa emana la *dynamis* la impulsora energía del signo nuevo que otorga la directiva civilizadora, esta vez, a Grecia y a su civilización naciente. En vosotros está el potencial receptor y transmisor de aquella *energeia* misteriosa que mueve los mundos y determina las evoluciones...

—Enséñanos, instrúyenos. Confiérenos el toque del poder para su logro, el bautizo del signo que se levanta en el oriente de la primavera... —insistió, en actitud suplicante Ceteo, el fervoroso.

Y Museo, el gran teórico y músico de la comunidad órfica, —añadió:

—Sí; instruyénos, abre nuestros corazones y nuestras mentes a la gracia descendida. A menudo y a tu vera, percibimos el contacto...

—Cierto, cierto —dijo, sumándose Linos, a la súplica, que corearon con su actitud y sus exclamaciones todos los presentes—. Atravesamos la hora más difícil del traspaso cíclico de entre-eras. Vivimos un período revulsivo, propio de todos los comienzos y de todos los fines de ciclo. En ellos actúan, incrementadas, potentes y desatadas, las fuerzas obscuras.

—También en ellas está la divina fuerza —replicó Orfeo—. En esas fuerzas obscuras y actuantes está la posibilidad de abrir las brechas de luz. Ya conocéis la afirmativa experiencia de la aventura de los Argonautas. La protección fue tan patente que la duda no puede asaltar al neófito más que cuando mira atrás y fortifica la acción de esas fuerzas ciegas y tenebrosas que nombráis. La posibilidad ilimitada se encuentra más allá de todo temor. Es la santa y pura *yle* la que se agita, es la materia eterna la que se revuelve. Es la gran matriz de la Madre Universal, la que se dispone a dar luz a un mundo nuevo. Evocad, confiados, todas las perfecciones del canon

integral del hombre nuevo y del inmenso *pleroma*, la esencia-substancia universal, y se manifestará la fuerza creadora y os convertiréis en artífices de las glorias venideras y articularéis el pensamiento de acuerdo con la *sophia* eterna y percibiréis ante vosotros, en todos los instantes de vuestra vida, conmigo o sin mí, la doble lámpara iluminadora de esos fuegos primigenios actuantes a los que llamamos signos zodiacales...

Un gran silencio que puso tensas las voluntades y sutilmente oyentes a todos los presentes, siguió a las últimas palabras evocadoras de Orfeo a sus amados discípulos y compañeros.

Luego, pulsó de nuevo la lira y volviéndose lentamente hacia la boca de la gruta que dominaba el extenso mar cuyas aguas quietas comenzaban a rosear débilmente con los fulgores de la insinuada aurora.

El rubio Orfeo sonrió entonces a la dulzura de la incipiente luz y habló en voz baja, suavemente, interrumpiendo sus frases confirmadas por los armoniosos acentos de su lira, diciendo:

—Rindamos homenaje al comienzo del día. Para conmemorar este templo que nos corona, recién erigido a la gloria de Dionysos, el dios en el hombre, citemos, como un símbolo la leyenda de su infancia. Escuchad:

"En su divina infancia, también jugaba Dionysos
como los otros niños. Los juguetes del dios-niño eran siete:
un trompo, una pelota y cinco dados. Y dice la leyenda
que, para mirarlos, se valía Dionysos de un espejo.

Aguzad la intuición ahora
respecto de su significado;
que, conocerlo, entraña gran sabiduría.

El trompo, el primero de sus juegos,
era trasunto del átomo en su movimiento primordial,
semejante al de los planetas en torno al Sol.
La pelota es la imagen de los mundos,
las vivientes esferas del espacio, el cuerpo
celestial perfecto. Luego, vienen los dados,
los cinco poliedros regulares.
Primero, el tetraedro, la pirámide simple,
el misterio del cuaternario; le sigue el cubo
de seis caras, dimensión de toda arquitectura
básica; el octaedro es la doble cruz, el juego eterno
de los dos principios manifestados.
El dodecaedro es el símbolo del hombre liberado
por las doce pruebas y el inmenso zodíaco,
nuestra cósmica medida. Y por fin, el icosaedro
de veinte facetas, trasunto del aire,
del espacio infinito, del universal aliento
que todo lo contiene y todo lo anima"...

—Y el espejo, ¿qué representa? —formuló una voz tímida en el silencio armonioso del alba que siguió al recitado, en tanto la llama del sagrado flamero cedía su lumbre a la divina del día.

La dulce voz del Maestro, aclaró:

—El espejo es el doble de las cosas y de los seres, la magia trascendida, la interpretación y la realidad oculta que nos envuelve y en la que actúa el ser liberado de la materia...

Aquellas palabras, sumadas al milagro del día, tuvieron la virtud de infundir poderosas fuerzas en el ánimo de todos los circunstantes, que presintieron la trascendencia de su significación y de su momento histórico.

—Fijémonos —prosiguió Orfeo, transmisor de la Palabra reveladora—. Fijémonos ante todo en la primordial misión de estos Santuarios recién erigidos a

la gloria de la divinidad en el hombre, Zeus-Dionysos. En ellos se halla el componente de la divina Trinidad, ya que Zeus, el dios manifestado, se revela en su aspecto masculino y femenino, los dos pares de opuestos. Su contraparte femenina es Hera, la señora del espacio infinito, la que nutre en sus senos a los astros y al que se remonta la magnitud de su propio doble cósmico, o sea, el Iniciado y el Heráclida ejecutor de la verdad única. Dionysos es siempre el Hijo, el Espíritu que se encarna en los Avatares cíclicos, el que revitaliza y trasmite la voluntad del Padre. El es el transmisor de la *energía* sideral, el Espíritu cíclico, el que encarna y vincula la nueva oleada de Vida que promueve la civilización naciente. Hera o Temis es siempre la Madre, la gran diosa, y en esta segunda manifestación, representa para nosotros la sabiduría eterna, la divina tradición, la enseñanza perenne, el alimento del alma. Mas las fuerzas de los Padres confluyen ahora en el Hijo bien amado, Dionysos, capaz del nuevo renacimiento cíclico, de remozar la tierra y el hombre. El es el mensajero de la nueva Era, el que vincula las dos emanaciones divinas que caracterizan el trascendente cambio de las edades... Pensad que no logrará la liberación, la capacitación, la integración que requieren los nuevos tiempos, si no es capaz de encarnar en sí mismo y transmitir a los demás, la triple iluminación del cambio...

—Yo te reconozco, Maestro Cantor, como la máxima encarnación dionisíaca de la Era naciente, como el místico sembrador y guía espiritual de la Grecia naciente —dijo, con expresión iluminada Ceteo, el discípulo fervoroso.

—Eso importa poco. Puedo ser yo, podéis ser vosotros, y otros... Pero lo que realmente interesa es procurar que cada hombre y cada mujer, puedan

ahora realizarse íntegramente, ya que el momento así lo requiere y el aire mismo coadyuva a su plasmación y a su perfección. A tal fin fuimos sembrando los Argonautas por los territorios de elección, el alma de los santuarios futuros, dinamizados por el talismán irradiante que los centra y que preside la Era que nace, capaz de investir a aquellos que despierten a la conciencia de la nueva civilización y se conviertan, por tanto, en aptos colaboradores de su causa, que es la causa de la humanidad en su conjunto. Sí, cada época tiene sus propias características, derivadas de la tónica del signo zodiacal dominante. Cada una de las doce facetas del dodecaedro cósmico y humano, tiene su propia luz, su propio lema, sus directrices específicas, su mensaje único. Y según el celeste requerimiento de esta hora trascendental de la historia humana en que se inicia una nueva civilización, nosotros debemos colaborar con la acción universal de la nueva oleada de vida y convertirnos en conscientes servidores de la Era que se inicia del Cordero Solar.

—¿Cuales son, en síntesis, ¡oh Maestro bienamado! los atributos del nuevo signo del Cordero, que tenemos el deber de imprimir a este pueblo predestinado al que pertenecemos? —requirió a renglón seguido Eurino, el místico, dionisíaco y gentil Argonauta.

—Esos atributos —prosiguió diciendo Orfeo— se resumen en el signo que caracteriza el brazo ígneo de la Gran Cruz Cardinal del Zodíaco. A través de la Ciencia Esotérica de los Astros, conocéis, ¡oh vosotros, esforzados hermanos Argonautas! el requerimiento y lo que exige de nosotros este signo: una vibración y una acción sintonizada con el astro que lo preside. Mas no es solamente el signo del Córdero el que debe imprimir su acción imperativa, la selección

de discípulos dispuestos a trabajar por su implantación en el mundo, sino también su opuesto y complementario, Libra, que gobierna el planeta Venus o Afrodita. Ambos forman la recta diametral que, pasando por el centro mágico de la vida cósmica, vitaliza la acción completa de una Era zodiacal. Y si Aries implica el tesón, el empuje, la fuerza, la valentía, la voluntad de Ares o Marte, Libra supone su contraparte espiritual y niveladora, el otro extremo de la palanca en acción, correspondiente a Venus, o sean, la dulzura, la gracia, el amor, la belleza. Ambos planetas representan los principios masculino-femenino en cuya nivelación está la Armonía, cualidad de cualidades. ¿Comprendéis ahora la sabiduría de los ciclos relacionada con la historia de las civilizaciones y la evolución de la humanidad? La civilización que astralmente se estructura ahora, levantará el futuro a un índice de esplendor y perfeccionamiento jamás igualados, señalará un alto grado de madurez en la conciencia de los pueblos que dará por resultado el sentido de los derechos y de los deberes humanos, un gran auge en los mismos medios de perfeccionamiento— la política, la filosofía, el estudio, el arte, los oficios, la pedagogía, la justicia y la ley para todos los hombres, así como el privilegio de la virtud. La fórmula inédita del gobierno autónomo y electivo de los pueblos hará el talento y el poder accesible a los más capaces. Sin embargo, tal posible esplendor y suma de consecuciones alcanzables en el ciclo de evolución en que entramos, no será exclusivo de los griegos, ya que el dedo de la Deidad señala con idéntica preferencia, junto al pueblo heleno que florecerá preferentemente en el continente europeo, al hebreo, cuyo relevante destino tendrá por cuña el Asia mediterránea, solar bendito de sus éxodos y de su esforzado ideal. En este pueblo hebreo el símbolo

de la Balanza que preside la siembra espiritual tendrá por interpretación el establecimiento de la ley, en tanto que Grecia justificará ante la historia su otra modalidad de la belleza...

CAPÍTULO VIII

LA "MYSTAGOGIA" ÓRFICA

La "mystagogia" que se enseñaba en los primeros Santuarios de la Grecia naciente era una especie de adaptación de aquella sabiduría varias veces milenaria que se transmitía en los Templos y en sus Escuelas anexas, verdaderos centros del saber del país del Nilo, que conferían conjuntamente a los más puros y a los más aptos, la instrucción más completa y profunda y la virtud y perfección de los Misterios.

La investidura del hombre nuevo era pues, a la par fruto de probación ética de inteligencia y de intensificación vital que a través de la Iniciación confería el Poder y la Gracia del descendimiento cósmico. Virtud y sabiduría que, unificadas en el hombre nuevo, le convertían en encarnación de Dionysos, en intérpretes del dios encarnado en el hombre. Por ello, el mensaje de Grecia se concretó en esa doble, augusta definición del Avatar Cíclico del período Ario: el Descendimiento de la Gracia, la suma manifestada de los poderes trascendentes, beatificados por la inocencia y la sabiduría de las edades, contenido apto para la formación de una humanidad desenvuelta, armónica, integralmente desarrollada.

Esa sabiduría esencial, tesoro de las edades, siempre había sido patrimonio de las Escuelas de los Misterios, ya que constituían el arcano de las enseñanzas secretas. Sólo se podían confiar a los puros

de corazón, a los fuertes, a los conscientes, a los que saldrían airosos en las pruebas de los Misterios. Malversar esa divina herencia, ese don inapreciable de las edades, se consideraba la mayor transgresión a lo sagrado.

Orfeo realizó, como Enviado y mentor de Grecia en el ciclo Ario, esa labor valiosísima de adaptación de la enseñanza secreta del Antiguo Egipto, a las necesidades del pueblo griego. Por ello, llamó a la sabiduría de los nacientes Misterios helenos, *mystagogia,* o sea, pedagogía de los Misterios.

El contacto establecido con el divino Espíritu Cíclico, la oleada de Vida de las edades, se llamaba *teopneusia.* Ello representaba el misterio de la transferencia, a los seres preparados, del aliento Universal descendido, el Pleroma, cuyo poder no podía otorgarse más que merced a un conocimiento o adivinación, a un proceso intuitivo, efectuado mediante la Gracia. Y era ese fenómeno de contacto y transmisión de poder, peculiar de los traspasos cíclicos el que debía efectuarse mediante la intervención o bautizo cósmico de un Enviado o Avatar de la Era naciente, capaz de abrir en el hombre el destello de los poderes universales.

Claro que dicho proceso requería también el cultivo de la superior enseñanza y un desenvolvimiento del individuo integral y armónico. Por ello, la "mystogogia" órfica no era sólo transferida invisiblemente, sino explicada. Y, sobre todo, requería un proceso previo de un altísimo valor en la oculta filosofía: la llamada *teodiké.*

La *teodiké* significaba, en el individuo, un proceso de depuración heroico, la expulsión de la raíz del mal en todas sus manifestaciones. Sin duda, el aliento dionysíaco —la deidad incorporada al hom-

bre— constituía un índice de integral purificación y una envoltura radiante facilitadora del proceso.

Entonces, se hallaba el candidato a la *mystagogia órfica* en condiciones de practicar la *hermenéutica.* O sea, la interpretación de los mitos y de los símbolos sagrados con la clave de la Astrología Cíclica. A ella contribuía, en gran parte, el alumbramiento intuitivo logrado. La clave interpretativa no era sólo de orden intelectual sino que obedecía a una paridad de factores complementarios: la enseñanza dada y la iluminación. Descifrar el significado de textos secretos, de símbolos y de mitos, era el primer paso para la asimilación directa de la gran herencia del Padre, la sabiduría de las edades.

Una de las prácticas superiores de la *hermenéutica,* consistía en la experimentación histórica y la lectura de los archivos de la luz astral en la que se imprimía la *Ylé,* la materia eterna.

Todo ese complejo proceso de desenvolvimiento implicaba el conocimiento y la práctica de la ley de equilibrio y compensación del Universo, la acción y su reacción en la conducta, el estudio en profundidad de la llamada *Ananké* o Ley de Necesidad de las almas, en oriente denominada *Karma.* Esa ley se basaba, implícitamente, en el arquetipo o modelo divino de perfección que en potencia todos llevamos dentro. De acuerdo con ese modelo de belleza integral, la "necesidad" de su logro es la que nos obliga a nivelar el fruto de las experiencias y a estimular las consecuciones, transmutando el mal en bien, el ímpetu en autodominio, la ignorancia en conocimiento, la irreflexión en conciencia, la fealdad en hermosura, gravitando siempre hacia ese centro estable de completación perfecta, hacia el ser armónico que todos llevamos dentro y cuya llamada nos

fuerza a obedecer la Ley de Necesidad que ordena la Vida.

Los griegos denominaban *Moira* a la deidad que significaba la acción administradora del *Ananké* o *Karma*. Más tarde la proliferación de los personajes mitológicos y sus anécdotas desdobló la primitiva Moira en tres Moiras, que los romanos llamaron Parcas, agentes de esa Ley de Universal equilibrio, en todo similares a los Lipicas orientales. Cada una de las tres Moiras o Parcas se hallaba encargada de una misión específica en la vida de los hombres. La primera, Cloto, la más joven de las tres, tiene en sus manos el hilo de la vida de los mortales, que hila en su divina rueca. Laquesis, la segunda, distribuye el hilo en el tejido de las existencias. Y Atropos, la tercera, llamada también "la Inflexible" está encargada de seccionar el hilo de la vida de los mortales cuando llega el momento decretado por los dioses.

Nunca los griegos sabios y filósofos, consideraron a la Moira como deidad vengativa o castigadora, sino que su cometido pertenecía a la regulación estricta de aquella Ley de Necesidad, rectificadora y ajustadora de los humanos destinos de acuerdo con el equilibrio de las causas y de los efectos, o sea, con una finalidad de Armonía.

Por otra parte, reconocía la mitología griega y romana a una deidad específica de esa Ley de Necesidad, en su forma más drástica y violenta, a la que llamaban Némesis y que más tarde se identificó con la diosa de la Venganza.

Para el logro de la *Ananké* o Ley administradora de la Necesidad de las almas, nunca le falta al hombre enlazado con la divinidad, o sea, al ser aspirante a la altura, esa *dynamis* bienhechora, esa *energeia* que constituyen la suprema razón de vivir, la llamada *sed de vida*, impulsora del crecimiento y que de-

termina la evolución y encamina a las almas por sus mejores y naturales cauces de experimentación y perfección.

El conocimiento integral del individuo, llevaba implícitos dos aspectos: uno teórico y otro experimental. El primero consistía en el logro, a través de la Iniciación en los Misterios y al entrenamiento y despertar de los supersentidos, de esa experiencia maravillosa de despertar la conciencia en el más allá, ya que la conciencia dilatada a todos los planos cósmicos o estados del alma se definía como *anastasis* o "conciencia continuada" en los antiguos Misterios. Esa "conciencia" sólo se lograba a través de un firme y persistente entrenamiento que constituía el fundamento de las pruebas de la Iniciación y se lograba a través de la última etapa llamada en Egipto "Misterio de la tumba abierta". Allí el neófito debía sentirse consciente de las experiencias en los planos más sutiles del cosmos, el doble de la tierra, el *Hades* o más allá. Una vez alcanzado ese logro, ya no había para el individuo fronteras ni baches de inconsciencia y era capaz de pasar de un plano a otro del mundo material a los planos sutiles, en vida, sin perder la conciencia. Tal era el básico logro de las antiguas iniciaciones.

Una vez en posesión de la *anastasis* o "conciencia continuada", la muerte ya no existía para el ser y por ello no la temía. Era capaz de morir a voluntad, dejando su cuerpo inmóvil y desprendiéndose de él mediante el probado entrenamiento que le permitía desenvolverse en forma lúcida por los planos invisibles del cosmos. De ese modo, conocía con antelación a la muerte real o abandono definitivo del cuerpo, los lugares en que se desenvolvía el alma.

Los griegos denominaban "Infiernos" a la totalidad de los planos sutiles del más allá. Pero al cla-

sificar sus modalidades de densidad, sabían que, a partir de la Tierra, el plano de máxima concreción o materialidad, existía un angosto pasillo que conducía a las sombrías moradas del dolor donde pululaban seres perturbados, el terror, la malignidad, la tristeza, las necesidades, las lamentaciones, en forma de horrísonos espectros atormentadores. La llamada Laguna Estigia era un lodazal en el que se hallaban sumergidos monstruos y esas almas penantes y doloridas para su punición y purificación. Habitualmente, los seres desencarnados pasaban en la Barca de Caronte sobre esa laguna infecta y terrífica sin padecer sus consecuencias. Las que eso merecían, llegaban a la "otra orilla" del *hades* donde las experiencias del traspaso eran menos duras y dolorosas.

Generalmente los antiguos griegos representaban la puerta de los Infiernos guardada por el Can Cerbero, de doble cabeza cuya astuta arremetida y fiel vigilancia hacía estricta la vigilancia del portal infernal. Cuando los seres desencarnados habían cometido grandes transgresiones y pecados, se encargaban de su punición y castigo la Hidra, la Quimera, las Gorgonas, las Harpías, las Erinnas atormentadoras, amén de otros monstruos que habitaban los mundos inferiores de las almas o sombras de los muertos.

El primero o más inferior de esos planos de existencia se llamaba Erebo. La *mystagogia* órfica lo describía como la región frecuentada por las almas materializadas, culpables e ignorantes que al desencarnar, su inconciencia les hacía gravitar hacia el mundo material. En la Barca de Caronte montaban sólo las almas buenas de vida ordenada y moralidad reconocida a las que les era concedida la evitación de tales sufrimientos.

El *Hades* propiamente dicho, equivalente al astral de los orientales, era el mundo de las emociones y de los sentimientos y en cierto modo, de las pasiones y de los anhelos. Su materia es más sutil que la del Erebo y aunque allí las pruebas de purificación todavía existen, tienen un matiz más leve y compensativo. El hades constituía la morada de las almas de vida familiar y corriente y era el lugar de paso de aquellas otras que abrigaron en vida más elevados ideales y que se hallaban dotadas de mayor refinamiento.

En la parte más elevada del *hades* se elevaba el llamado Palacio del Sueño donde las almas ya más remontadas, antes de pasar al plano inmediato más sutil, el Tártaro, tenían que experimentar una profunda dormición en el que dejaban su doble o astral. A ese proceso de elevación y de traspaso, se le llamaba "segunda muerte".

Una vez despojado el ser desencarnado de la más densa envoltura psíquica, pasaba a otro mundo que tenía estrecha relación con el pensamiento. Allí gravitaba el alma hacia las formas concretas de lo que había concebido en su mente. Allí también, al trascender esa modalidad, se fraguaba la clasificación de lo vivido, la conciencia del fruto de la existencia transcurrida. Por ello, a la salida del Tártaro, en la parte más sutil de la materia mental que lo constituía, se hallaban entronizados en su castillo, que bordeaba los Campos Elíseos, los tres Jueces de los Infiernos.

Allí administraban justicia Minos, Radamante y Eaco. Los dos últimos instruían la causa del muerto y el primero, el juez máximo, pronunciaba la sentencia. Esos jueces habían sido seres en el mundo griego, de memoria venerable. El primer Minos, fue en verdad el más sabio entre los reyes cretenses. Ra-

damante, su hermano, le sucedió en sabiduría. Y Eaco, de Egina, llamado el Justo, era padre de Peleo y abuelo de Ulises, uno de los más destacados jueces de la Grecia antigua. Los tres tenían fama de clementes y de justicieros y por ello eran los encargados de formar el juicio de las almas desencarnadas.

Ese simbólico "juicio del alma" tenía lugar cuando el ser, despojado de los elementos de interés terreno, se ponía en contacto con el ego diamantino, su principio superior, solar y permanente. Allí, en las alturas del Tártaro, el alma rozaba el mundo causal y era ella misma la que se autoenjuiciaba y adquiría, por tanto, conciencia del bien y el mal efectuados por ella en la tierra adquiriendo justa conciencia de su estado y valer en su propio estado evolutivo. Y sabía quién era, cuáles eran sus faltas y deficiencias y podía elegir los medios de su desenvolvimiento futuro para su mayor bien, ya que tomaba conciencia de sus auténticas necesidades. Y al propio tiempo tenía un vislumbre de la gloria que le esperaba en vidas sucesivas y del fruto de ellas.

Una vez absuelta por los jueces simbólicos de sus ligaduras, de sus remordimientos, de sus faltas y deficiencias, de su impronta terrena, pasaba el alma a la superior región del ciclo inter-transmigratorio, a los dichosos Campos Elíseos.

Los Campos Elíseos eran el mundo feliz donde moraban las almas liberadas ya de las cargas de la materia. Allí imperaba una eterna primavera. Sus sonrientes paisajes se hallaban perpetuamente florecidos surcados de riachuelos diáfanos y rumorosos, marginados de prados verdes y de frondosas arboledas. Recreaban la vista y el oído de las almas dichosas, las aves canoras de pintadas plumas y de dulces trinos. A la sombra de las alamedas y de los

jardines embalsamados, las almas afortunadas gozaban de un trascendente reposo y de una divina armonía. Los tibios céfiros les traían inefables músicas espaciales sembrando en ellas gérmenes intuitivos e iluminados que en la tierra sin duda desarrollarían más tarde, cuando evocaran reminiscencias de aquella felicidad y plenitud vividas. Era una región de calma y de placer, de belleza y de tranquila contemplación, equivalente al *devachán* de los indúes. En la morada de las almas puras se cosechaba la dicha a que se habían hecho merecedores los seres en la tierra y se idealizaban e intensificaban y tenían realidad sus más nobles anhelos y sus más fervientes aspiraciones.

La estancia en la feliz morada, se dilataba hasta el logro de su saturación ambiental, hasta que, una vez asimiladas las dulces dádivas de la felicidad, experimentara el alma la necesidad de nuevas experiencias, siguiendo el natural impulso de la evolución. Mas todas aquellas beatitudes vividas en los Campos Elíseos, la morada más elevada de los Infiernos griegos, quedarían como un depósito de reminiscencias en el transfondo misterioso de las almas. Y al llegar el momento del retorno, de la gravitación cíclica hacia la materia, permanecerían como chispazos ideales, como nobles anhelos y aspiraciones que mantendrían siempre el ser a flote a través de los aletargamientos, caídas y desvíos a que exponían las tentaciones materiales.

Por la parte opuesta por la que entró el alma a la Morada de la Felicidad, abandonaba aquellas regiones impulsada por la Ley de Necesidad que le arrastraba de nuevo hacia la consecución de nuevas experiencias.

Mas no podía inmergirse en los sucesivos planos del descendimiento, camino del mundo físico, sin atra-

vesar la corriente del Río Leteo, de aguas mansas como ondas de aceite.

El Leteo era el Río del Olvido. Allí olvidaba el alma los dulces recuerdos, los gustados deleites, sin los cuales no podría afrontar el sacrificio de las sucesivas envolturas cada vez más densas, camino de la encarnación inmediata. Le llamaban los griegos al Leteo "Río del Olvido" porque al beber sus puras y silentes aguas, olvidaban las almas todo recuerdo del pasado, así doloroso como feliz.

Al retornar a la tierra, efectuando el ciclo reencarnacional, lo hacían los seres después de la experiencia dichosa de los Campos Elíseos, por el otro lado "de la Vida".

De esas sucesivas experiencias cíclicas, el alma, cada vez más pura, idealista y sensible, guardaría leves y ocasionales reminiscencias que en ciertos momentos le servirían de inspiración, de fortaleza y guía. A ese interesante proceso le llamaban los mystagogos órficos *matesis*.

Así atravesaba de nuevo el Tártaro y se acoplaba a la envoltura mental; del Hades la naturaleza o el cuerpo pasional y emotivo; y de las inmediaciones más densas del mundo físico, el doble vital hasta revestirse otra vez, en el más adecuado ambiente para su evolución, de acuerdo con su propio *ananké* o karma, con un nuevo cuerpo físico.

Tal era la órbita que recorrían las almas habitualmente en su periódico proceso reencarnacional, transmigrativo o metampsíquico, dispuesto por la gran Ley para el progreso de las almas hasta el logro de su total perfección.

La semilla órfica, la sabiduría de su *mystagogia*, vitalizó primero los símbolos que estructuraron la maravillosa mitología griega y que el auge de su civilización difundió por el mundo.

Pero cuando ese proceso de civilización alcanzó su plenitud, se inició en Grecia el interesantísimo período de la investigación, del esclarecimiento de los significados. Y a tal fin nació la dialéctica, el razonamiento de la llamada *phisis*, hasta alcanzar las cumbres de la filosofía con los presocráticos.

Esa maravillosa palabra filosofía, es en sí un dechado de moral interna, de ética elevadísima, ya que los auténticos investigadores de la verdad subyacente en los símbolos, en la Naturaleza, y en la Vida, no se querían denominar sabios, sino simplemente "amantes de la sabiduría".

Y cuentan las crónicas que fue Pitágoras, el gran Maestro órfico, el que primero se denominó filósofo, como después Platón y su Maestro Sócrates y sus discípulos y más tarde los sabios alejandrinos, así como los adictos a la postrera Escuela de Alejandría y los atenienses agrupados en la libre cátedra de Proclo, el gran órfico del siglo v de Nuestra Era que representó el dorado ocaso, la luz postrera de la sabia y esplendorosa civilización griega.

CAPÍTULO IX

ORFEO Y EURIDICE

Orfeo se consagró en cuerpo y alma a la divulgación de los predicados de la Era naciente en consonancia con las características de su misión y de su raza. Y a tal fin, consagraba su vida a su mística labor de Maestro y de Iniciado en la cripta del Santuario preparando a sus más allegados discípulos, prometedor plantel de la futura gran civilización helena, sembrando doquiera las verdades eternas que constituían la esencia de la religión unificada, la *hermenéutica* y la nueva *mystagogia* de mitos y de símbolos trascendentes.

El fundamento de tales lecciones, las daba Orfeo, por lo común en el Edificio-Escuela anexo al Santuario, a semejanza de las Escuelas de Sabiduría de Egipto en las que él mismo se educara. Mas, aparte de tales tareas consagradas a los elegidos, como avatar del Espíritu Dionysíaco y encarnación divina en la Era que comenzaba, gustaba Orfeo de ejercer la magia de sus propios Himnos, brindándolos a boleo en medio de la Naturaleza, por los campos y los bosques, entre la sencillez de los nativos y aun en medio de las bestias sumisas o de las alimañas que merodeaban por los parajes hirsutos y deshabitados.

De esta forma, ejercía el Príncipe-Sacerdote el más grato y eficaz de sus ministerios, ya que entonces experimentaba en forma más directa su benéfica acción redentora.

Cuando el hermoso Príncipe tracio deambulaba solo por los silvestres parajes, embrazada la lira, ataviado sencillamente con una corta túnica de lino, la rubia cabellera al viento, vuelta su clámide al desgaire sobre su hombro, calzado con breves sandalias, la Naturaleza acogía su presencia como la de un viviente dios y los elementos le rendían acatamiento. Entonces, el murmullo de los bosques, el arrullo y los trinos de las aves, el canto de las fuentes, se sumaban a los acordes de su lira como una música de fondo exaltando su bienhechora inspiración, conectando su voz armoniosa con la gran Armonía del Universo.

De ese modo y sin acertar a definir el mágico proceso de su siembra espiritual, las gentes sencillas se le aproximaban y comprendían la índole de su mensaje y le seguían como extasiadas, al lado de las fieras que dóciles y amansadas por el influjo de sus cantos, le lamían los pies sumisamente como dándole gracias por su dádiva sin par y no dañaban a nadie.

Tanto creció la fama de los dones que con su lira sembraba Orfeo, que doquiera era requerido no ya sólo como cantor y poeta sublime, sino como terapeuta de prodigiosas facultades ya que sus oyentes habían experimentado que sus cantos no sólo les extasiaban y beneficiaban internamente, sino que sanaban sus males y se regeneraban sus cuerpos y sus almas.

Sus más fervientes seguidoras lo constituían un grupo gentilísimo de doncellas tracias que, en su fina sensibilidad, lo admiraban, lo adoraban y lo com-

prendían. Ya que no sólo se embelesaban con su radiante belleza y con la armonía de sus cantos, sino que trataban de captar su hondo significado y de identificarse con el trascendente mensaje que divulgaba.

Un día, osó dirigírsele la más hermosa entre aquellas doncellas que ya se consideraban sus discípulas y le suplicó, al tiempo que se inclinaba humildemente ante el Maestro:

—¡Orfeo! Me ha parecido captar en tus cantos sublimes, un mensaje de Amor. ¿Acaso mueve las cuerdas de tu lira el primero de los dioses, aquel que aproxima a los astros y que une los corazones de las criaturas enamoradas?

—¡Euridice! —exclamaron, a una, sus compañeras—. Reprobamos tu súplica audaz. Nuestra misión no está en requerir, sino en captar. El se debe a la humanidad...

—¿Cuándo el puro amor es reprobable? —dijo Orfeo en tanto contemplaba tiernamente a la ruborosa y bellísima doncella humillada, en tanto le tendía la divina mano.

Ella lo contempló a su vez con expresión de inefable agradecimiento.

Orfeo abandonó entonces la lira y tomando entre sus dos manos la de la doncella enamorada, le dijo con voz que era un puro canto de dulzura:

—Encantadora, por tí elevaré un himno a Eros inmortal, el que enlaza los astros y las almas, el bendito hacedor de todo misterio de amor y de simpatía en la Tierra y en el Universo. Por él se renueva el mundo. Por él florecen las razas y se redimen los hombres. Por él se individualizan las bestias y se redimen todas las especies y doquiera es venerado... Escucha:

"Gran Amor, te reclamo, manantial de las dulces [delicias,
sagrado y puro, que las miradas seduces.
Alado arquero, ardiente, impetuoso en tus deseos,
que con los mortales y los divinos juegas, lumbre errante,
ligero y andrógino, guardador de las llaves
del cielo, de la tierra, del aire, de los amplios mares..." [1]

Embriagado de intenso amor, pulsó Orfeo después del amoroso canto, en armonioso acorde, dulcemente, como si las acariciara, las siete cuerdas de su lira mágica. Y a Euridice, captada por el mismo inmenso sentimiento, le pareció que, siendo aquella lira mediadora entre la tierra y el cielo, se remontaba en sus sones a las armonías del más allá.

Desde aquel día, frecuentó Orfeo, pleno de recónditas esperanzas y enriquecido de éxtasis y de dulcísimas premoniciones, aquellos mismos parajes reveladores de su naciente amor. Y allí mismo también, obediente al mismo sentimiento, le esperaba Euridice, la hermosa doncella enamorada.

Entonces, arrimados ambos al tronco de un roble corpulento, cabe a una fuente arrulladora, sin decir palabra, se contemplaban ambos amantes. Luego, cogidos de las manos, deambulaban bajo las tupidas frondas sin pronunciar palabra, porque sus labios no habrían sabido interpretar los dictados de su corazón.

De este modo nació el inmenso, trascendental amor entre Orfeo y Euridice, bendecido por los astros que compartían sus éxtasis.

Saturado de amor, extrañamente enriquecido, nunca se había hallado el cantor divino como enton-

[1] Himno órfico "A Eros".

ces en auténtico estado de gracia. En su contacto con el mundo y los hombres y en su misión secreta y dionisíaca, nunca fue su lira y su verbo, como entonces, pleno de inspiración, de belleza y de sabiduría.

Siempre, al fenecer el día, Euridice le esperaba en el paraje de la fuente y allí reclinaba en prueba de amor su hermosa cabeza de rizos castaños sobre el hombro del amado. Así, juntos, vislumbraban a menudo la grandeza y la fuerza de su misión cuando, entrelazadas sus auras puras y radiantes, sumaban la atracción de un mundo glorioso que nacía. Y la Naturaleza coadyuvaba estremecida a su gran amor con el coral sostenido de sus elementos como otro sutil y prolongado himno de amor inmenso y susurrado que ellos en silencio comprendían.

A menudo, atraídas por su amoroso hechizo, descendían las aves de sus ramas y de sus nidos y posadas confiadamente sobre los amantes, les cantaban en quedos trinos su deliquio de amorosa simpatía que ellos compartían. Las brisas, al orearles, acariciaban suavemente sus cabelleras, regalándoles con ténues y perfumados soplos de glorificación y de contento infinitos. Doquiera se hallaran Orfeo y Euridice juntos, dejaban en el aire espectante su semilla de amor sin límites y toda la Naturaleza se estremecía de contento.

Euridice no fue sólo para Orfeo una novia ideal, sino su más allegada discípula, ávida siempre de sabiduría, anhelante de consagración al ideal sugerido y encarnado por el amado. Tuvo acceso a la Escuela y al Templo, como tuvo acceso en el corazón del Enviado.

Consecuentes con la ley consagratoria del mutuo amor, se unieron, recibiendo la bendición del cielo y de la tierra.

Orfeo invocó, en nombre de ambos, a la diosa Afrodita, la santificadora de las perennes nupcias, con ese canto inmortal:

"Celestial, insigne soberana de adorable sonrisa...
Tuya es la palabra armoniosamente combinada,
ya que todas las cosas de tí surgieron, ¡oh potestad
[divina!
Tus decretos el triple Hado guían
y toda creación en tí halla su causa.
Todo cuanto contienen las celestes esferas,
los frutos de la tierra como todas las grandes conmociones,
a tu influjo obedecen y acatan tus órdenes...

Diosa del matrimonio de apariencia encantadora...

¡Oh! ven, con tu poderoso atractivo y muéstrate
[propicia a mis ruegos,
que por tí clamo en actitud sagrada y reverente." [2]

Orfeo y Euridice fueron felices, inmensamente felices, hasta...

Hasta que una ardua prueba se interpuso en sus vidas consagradas.

Una tarde infausta, en tanto apacentaba Euridice su ganado, como tenía por costumbre, un viejo y rústico pastor que amaba secreta y brutalmente a la delicada princesa, trató de perseguirla con ánimo de satisfacer sus pasionales instintos. Ella huyó, despavorida, extraviándose por los lejanos parajes ya en sombra. Atravesó un campo agreste gritando con ánimo de reunirse con su amado esposo, cuando un áspid clavó su aguijón envenenado en uno de sus tiernos pies fugitivos.

---

[2] Himno órfico "A Afrodita".

El rebaño espantado, dispersóse. Mas el prolongado clamor de la amada, injuriada y herida, llegó hasta el sensible corazón de Orfeo quien, extrañamente dolorido por el fatal presentimiento, corrió hacia el lugar donde se hallaba, lanzando sus últimos quejidos lastimeros, ya moribunda, su dulce y malhadada compañera.

Cuando él la tomó en sus brazos y a pesar de sus esfuerzos por reanimarla, exhaló su último aliento prendida de su cuello.

Desolado y transpuesto, la condujo exánime al real palacio. Se celebraron las más pomposas exequias por su muerte...

Mas Orfeo no podía consolarse de su pérdida. La llamaba a todas horas con su voz quebrada de dolor, rasgando las cuerdas de su lira destemplada.

En su terrible desolación, concibió al fin Orfeo apelar a sus propios poderes de Iniciado para rescatar a su amada de los Infiernos. ¿No le habían conferido sus vencimientos en los Misterios la facultad de descender al *Hades* donde moraban las almas puras de los muertos recientes?

Armonizó su lira, trató de armonizar su alma, invocó con todo fervor a los dioses del bajo mundo y traspasó el lírico cantor de los himnos sagrados las puertas prohibidas del recinto de las almas.

Allí, guiado por las buenas Euménides, sus guardianas, atraídas por los estremecedores acentos de sus himnos armoniosos, llegó al fin hasta el paraje donde se hallaba en estado de semisueño, el alma de Euridice.

Mas ¡ay! que el trasmundo tiene también establecidas rígidas e inviolables leyes a las que en su alocado fervor amoroso faltó el héroe tracio. Atraído por su afán de recobrarla, volvió la vista hacia el Palacio del Sueño en cuyo umbral se hallaba Euri-

dice. Inmediatamente, una fuerza arrolladora atrajo hacia él arrebatándola a su anhelo, a la hermosa Euridice en tanto repelía de nuevo hacia la tierra al inmenso cantor fracasado. Se había desvanecido para él, irremediablemente, la esperanza de recobrar a la amada...

Nunca, las leyes que separan el mundo físico del ultrafísico, podrían ser en forma ilusa vulneradas. La "Ley de Necesidad" debía cumplirse cuando el superior Destino la decretaba.

Orfeo se encerró en su soledad, como único lenitivo. Y poco a poco, la otra Ley suprema, del eterno amor le fue revelada. El amor venció al fin sobre toda barrera física, sobre toda limitación, estado y distancia. La inmensidad le envolvía, como su ideal, como su amor...

Y en el hondo sentido recobrado de su perenne amor, halló al fin, consolación a su soledad, soporte a su desamparo. Descubrió incomprendidas potencialidades a los acordes de su lira, nueva inspiración y nuevos matices a sus cantos. Su amor se extendió entonces a todos los ámbitos del Universo y llegó al amoroso corazón de su esposa difunta...

Entonces le invadió una alegría infinita. Y por ella se elevó al pináculo de su misión cíclica.

Fortalecido por su recobrada dimensión amorosa, por su remonte cósmico y humano, recorrió de nuevo los territorios de toda Grecia en un peregrinaje inaudito de doble santidad, de sabiduría y de eterno amor.

CAPÍTULO X

LA GRAN CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

Las grandes civilizaciones del mundo, nunca nacen esporádicamente. Sus iniciadores, sus pioneros y vitalizadores constituyen una escogida selección de otras civilizaciones predecesoras, ya caducadas.

Ese proceso que tantas veces nos muestra el curso de la historia, lo determina, de modo matemático, por curvas definidas de tiempo con sus respectivas características, la Astrología Cíclica.

Su lenguaje de símbolos es altamente aleccionador y elocuente. Todo aquel que se consagre a tal estudio en profundidad, echará de ver el proceso evolutivo de la humanidad y la forma cómo ha ido desenvolviendo cualidades y matices enriquecedores de los pueblos, así como su aportación definitiva al conjunto.[1]

La gran civilización occidental que nos sustenta, actualmente en una nueva fase de renacimiento cíclico debido al traspaso de una a otra Era de onda zodiacal obedeciendo a una nueva oleada de vida cósmica, amaneció cuando el Sol, por precesión, rozaba en primavera el signo de Aries, el Cordero Solar. Por ello hemos glosado e interpretado en este libro,

---

[1] Remitimos al lector, para ese estudio, a la obra fundamental de la misma autora *El Horóscopo del mundo* (La Clave Astral de la Historia y la Era de Acuario que comienza). B. Costa-Amic Editor, México, D. F., 1965.

con la clave astrológica cíclica, el fenómeno más aleccionador y elocuente de tal período histórico, el mito griego de los Argonautas.

Como hemos mencionado en este libro, y en otro parejo y complementario dedicado a MOISES[2] y a su trayectoria al frente del pueblo de Israel, avatares ambos del período cíclico-zodiacal de Aries, padres espirituales de la civilización europea y en cierto modo de la americana, Orfeo y Moisés fueron el producto, la flor electa de otra gran civilización anterior de origen atlante, la egipcia. Esa gran civilización ya en declive, pero en posesión de todos los archivos del poder oculto y de la sabiduría antigua, ofrendó su sabia tradición a los hebreos y a los griegos ya que, al conocer la ley de los ciclos históricos, legó a conciencia a esos pueblos nacientes los medios espirituales para su nacimiento, crecimiento y plena misión.

A tal fin, a los maestros y sacerdotes del ya decadente Egipto, les cupo el privilegio de preparar y aleccionar, en el Santuario y la Escuela de Heliópolis a los dos grandes seres predestinados a ese despertar de occidente en el potenciado ciclo ario. Orfeo y Moisés fueron contemporáneos, amigos y condiscípulos en el docto centro heliopolitano del bajo Egipto.

Cuando en los anales de la superhistoria del mundo maduró el tiempo de realizar su obra, Moisés, investido por el Espíritu de la Nueva Edad, liberó al pueblo hebreo de su esclavitud en tierras de Egipto y le otorgó la Ley del nuevo signo que sellara su liberación y lo condujo al lugar previsto y lo estableció en la zona astralmente sensible del Asia Mediterrá-

---

[2] B. Costa-Amic Editor, México, D. F., 1965.

nea para que cumpliera en el futuro un destacado papel místico histórico en aquella amaneciente Era.[3]

La Grecia primitiva pre-orfeica, la constituían un dédalo de tribus dispersas y habitualmente en pugna o unidas por intereses transitorios. Formaban así pequeños reinos o estados cuyos dueños absolutos eran jefes de las tribus vencedoras proclamados reyezuelos en posesión de pequeños o extensos territorios. Tales tribus constituidas en reinos en el norte de la Grecia Continental, eran Tracia, Macedonia Tesalia y Epiro. Los del centro y sur, así como los isleños y colonias costeras eran más limitados y pobres. Pero en general, cada uno de tales reinos o estados poseía su propia y rudimentaria organización, sus costumbres, su religión idolátrica derivada de su propia tradición, de sus héroes o ancestrales vencedores. Mas entre ellos no existía vínculo de unión que no fuera el circunstancial de orden bélico o fundamentado en el propio provecho de sus dueños o gobernantes.

Pero aquellos pueblos semisalvajes debían desembocar, por la acción de Orfeo, su espiritual mentor, en un agregado de pueblos unidos, que, en forma prodigiosamente acelerada debían alcanzar una inusitada perfección. Ya que Orfeo, al crear el Espíritu de la Grecia naciente, les dio modélicas instituciones comunes al organizar la unión política libre y electoral.

Conviene hacer hincapié en uno de los más decisivos factores de evolución de aquella civilización: las Anfictionías, política formulativa de los estamentos de la sociedad recién constituida.

---

[3] Consúltense e interprétense con clave astral, los bíblicos Antiguo y Nuevo Testamento, éste, correspondiente al ciclo inmediato futuro, Piscis, ya que de esa raza nació el futuro avatar del occidente asiático-mediterráneo, Jesús el Cristo.

Las Anfictionías sirvieron de agregado a los nacientes Estados griegos unidos mediante una admirable organización democrática.

Esa Liga Anfictiónica sumaba a representantes de todos los países organizados. Tenía sus lugares y sus fechas de reunión de todos los delegados electos que los representaban y que era siempre en torno a las grandes festividades religiosas y en los lugares sagrados.

Cuenta la leyenda que su fundador fue Anfictión, hijo simbólico de Deucalión y Pirra, supervivientes del Gran Diluvio simultáneo al hundimiento de la Atlántida. O sea, que esa modélica fórmula democrática de los griegos, se debió a la tradición y a la sabiduría de los padres atlantes, nuestros gloriosos progenitores.

Orfeo, en posesión de la clave civilizadora de la Nueva Era y merced a su superior misión de unir a todos los pueblos helenos, estructuró el aspecto espiritual en el que recaía especialmente su labor trascendente. Por ello procuró que todo el edificio de la unión política, descansara en el fundamento espiritual. Así fue consolidando el tipo, la raza y el ideal helenos. Así plasmó su religión en común, modelando no sólo las instituciones y las costumbres, sino las virtudes y creando los cánones artísticos, refinando la sensibilidad y la visión estética, estimulando el espíritu creador con miras a un elevado índice de perfección humana que ha sido siempre la admiración de las épocas posteriores. Así respondieron los griegos, bajo la égida mentora de Orfeo, al reclamo de los astros y al imperativo del ciclo zodiacal presidida por el Cordero Solar o Vellocino de Oro.

Al principio fueron doce los pueblos confederados en la democrática Liga Anfictiónica y dos los recintos sagrados electos para la reunión e intercambio

de los representantes de cada Estado griego. Esos históricos, imantados lugares, fueron Delfos en la Fócida Corintia, y Eleusis en el Atica. En esos sacros lugares se trabó no sólo la fórmula de comunión y entendimiento político (gobierno de la *polis*, agrupaciones ciudadanas o pueblos) sino que allí tenían lugar ceremonias religiosas, invocaciones místicas, oráculos, así como certámenes poéticos, musicales, de oratoria, gimnasia rítmica, danzas gímnicas y gremiales, juegos que luego fueron famosos en todo el mundo conocido y que determinaron las alegres cronologías de la historia griega. O sea, que así como lo que determinara el paso del tiempo y la fijación de los acontecimientos en Egipto fueron las dinastías faraónicas, lo fueron en Grecia las olimpiadas o juegos gímnicos dedicados a Zeus, el Padre de todos los dioses. En la época de mayor esplendor las convenciones políticas religiosas y culturales tenían lugar, además de Delfos, Atenas y Eleusis, en el Istmo de Corinto, en Beocia, en Calauria (Asia Menor) y en Delos (Islas Cíclades).

El culto proseguido del pueblo griego al deporte y al desnudo en plena Naturaleza, asociado a otros ritmos morales, intelectuales y espirituales, plasmaron a todo aquel pueblo, así externa como internamente, en un ideal de belleza, de euforia y de armonía. Así fueron los griegos, para ejemplo de las edades, hermosos y fuertes, sanos de cuerpo y de alma, graciosos y elegantes, cultivados y cívicos, idealistas en posesión de numerosas perfecciones integrales.

De este modo, aquella sociedad griega tan bien fundamentada, respondía a las más elevadas vibraciones astrales del signo de Aries completado por la tónica espiritual del signo opuesto de Libra de tónica venusiana. Y en forma acelerada, cumpliendo ese imperativo histórico, marcharon unidos hacia un

ideal arquetípico de perfección que más tarde estructuraron los filósofos y cuyas leyes de proporción emanaban de los mismos áditos de los Santuarios que fundara aquel primer Enviado, conductor cíclico llamado Orfeo. Porque él fue, en suma, el creador, el padre de nuestra civilización, y Grecia el solar bendito de su siembra cíclica.

Tales gloriosos avatares cíclicos o encarnaciones divinas, poseen la investidura espiritual de la Tercera Persona de la Trinidad divina existente en todas las religiones, desde las más primitivas. La Tercera Divina Persona es el Hijo y su excepcional misión es el Descendimiento en las épocas críticas de los traspasos cíclicos, coincidiendo con el advenimiento de una gran oleada de vida cósmica. Por ello el símbolo místico de esos grandes seres es un ave, halcón o cisne, águila o paloma. Ellos tienen por principal misión la labor oculta, centrada principalmente en la cripta secreta de los Santuarios, ya que desde allí irradia como una bendición celeste sobre todas las manifestaciones de la vida externa, imprimiendo directrices, dando ejemplos, vitalizando los nuevos cánones a desarrollar y creando esa flor prometida de la raza capaz de constituir el ingerto fertilísimo de una sociedad que responda al imperativo de las estrellas.

Esa siembra eminentemente religiosa de los Maestros cíclicos, realiza el milagro de hacer resurgir, de un mundo decadente, materialista y caótico, de acuerdo con la condición celeste requerida, un mundo nuevo. Por ello, su aura radiante es una pura bendición solar sobre la tierra anemiada y a la que retorna sus fuerzas originales, sus virtudes vírgenes y sus posibilidades inéditas.

Ya hemos definido la obra trashumante de Orfeo, sembrador lírico de la Era que comenzaba, la aven-

tura cíclica de los heráclidas cuya misión fue, al posesionarse del gran talismán solar de Aries e investidos de sus poderes, dinamizar los lugares predestinados, depositando en ellos las semillas de resurrección del mundo nuevo.

Mas la principal obra de Orfeo se centró en el corazón de los Santuarios y en sus Escuelas de Sabiduría. Allí se estructuraron los símbolos celestes y naturales de sus dioses, ajustando a la comprensión y a la fantasía popular sus puras leyendas y sus símbolos. Tales leyendas respondían a la modalidad más apropiada para la eficaz elevación del hombre y de la sociedad adaptadas a las características e idiosincrasias de aquel pueblo de tan grande aliento y tan fácil al crecimiento. Para realizar esta labor fundamental de instrucción, de elevación y catarsis mística, creó Orfeo un cuerpo de sacerdotes iniciados y exégetas, conocedores a fondo de la Ciencia madre de los astros y de su relación con los dioses invocados en el panteón griego.

Esos sabios sacerdotes, discípudos directos de Orfeo, prepararon a su vez a los instructores del pueblo, maestros encargados del realzamiento y preparación de las nuevas generaciones. A tal fin y por sugestión órfica, instituyeron escuelas al aire libre en todos los estados griegos, cuya divisa era la enseñanza integral y armónica. En tales centros de enseñanza se alternaban los ejercicios físicos o de gimnasia rítmica con la enseñanza de la música, y por música entendían los griegos el arte de las Musas en su totalidad; el recitado de los grandes poemas tradicionales, religiosos y épicos; los relatos ético-míticos acompañados de instrumentos idóneos; el arte de hablar; de comportarse con elegancia; las glosas poéticas, los mimos según los cánones de la plástica coreográfica más perfecta. Así nacieron, en toda su

depurada belleza, las artes y la artesanía en Grecia, así como las más elevadas normas de la salud y de la armonía integral.

La misma condición de cantor y poeta trashumante asumida por Orfeo, creó a su imagen un gremio nobilísimo de aedos o poetas errantes que, recorriendo toda la vastedad de los territorios griegos, difundieron armoniosa y pertinazmente mitos y leyendas, tradiciones e historias, ideales y fórmulas de bien decir y noble recitar que, juntamente con los relatos de su tradición ancestral, fijaban en el subconsciente de las gentes, máximas y virtudes cívicas, principios elevados que debían constituir el ideal común de toda la raza.

De este modo, al humanizar a los dioses, Orfeo divinizaba a los hombres. Era su actitud una pedagogía de un altísimo valor social, de un alto lema cósmico. A través de ese mimetismo mágico, fue plasmando en la superior belleza, para gloria y triunfo de su misión sin par modeladora de todo un pueblo, esa misteriosa y eficacísima taumaturgia del arte esencial, debidos a la inspiración del signo zodiacal que presidía su advenimiento.

De esta siembra religiosa, ética y de sabiduría perenne, permaneció en Grecia, como el más eficaz talismán preservador de sus principios, sus poemas, y sus máximas, los Himnos Orficos o Cresmes Mágicos, que contenían la sabiduría más profunda que Grecia ha legado a la humanidad de todos los tiempos.

Aparte los valores inefables de su dimensión cósmica como avatar cíclico de la Era del Cordero Solar, la herencia espiritual del Orfeo la constituían, preferentemente, sus *cresmes* o sentencias, en las que era fama se resumía no sólo su ideario, sino el poder

universal que transmitía, en forma en cierto modo cifrada, obscura y sugerida, semejante a los oráculos.

Tales *cresmes órficos* se guardaban celosamente en los áditos sagrados desde la muerte de Orfeo y eran, por su poder talismánico y oracular, consultados en momentos excepcionales, cuando las circunstancias lo requerían. Los griegos tenían la creencia de que los *cresmes órficos* de sabiduría, constituían la razón de su misma existencia, ya que vinculaban la protección divina sobre los pueblos. Así, eran considerados de índole sagrada, objetos *tabú* y por ello, guardados celosamente por sacerdotisas vírgenes y probadas que los administraban e interpretaban.

Efectivamente: En tanto Grecia tuvo la posesión en el adito del Partenon, de los *cresmes órficos,* mantuvo la hegemonía espiritual del mundo antiguo. Cuando, merced a una indefinida e inconcebible traición de una de las guardianas pitonisas del templo, fueron vendidos tales cresmes a Tarquino, llamado "El Soberbio" uno de los primeros emperadores de la Roma naciente y depositados por él en un arca de oro bajo la estatua sagrada de Apolo en el Templo Capitolino, se inició la decadencia de Grecia y el esplendor de Roma. Esta los retuvo hasta su declive, en que desaparecieron secretamente del templo en el año 405 de N. E. cuando el auge de los invasores bárbaros.

ÍNDICE

		Págs.
Proemio		7
I.	Orfeo	17
II.	La era del Cordero Solar	27
III.	Viaje y aventuras de los Argonautas	37
IV.	El Vellocino de Oro	55
V.	La Grecia naciente	67
VI.	La lira de Orfeo	79
VII.	Dionysos	89
VIII.	La "Mystagogia" órfica	105
IX.	Orfeo y Eurídice	119
X.	La gran civilización occidental	129

C O N O Z C A

en estos trascendentales momentos de Traspaso Cíclico que vivimos, las Claves astrológico-astronómicas de la Historia. Asimile en su conciencia, a través de las ambientadas Biografías de los personajes que constituyen sus más destacados hitos humanos, el viviente, auténtico significado histórico de los ciclos y la evolución de los pueblos y de las razas. Haga suyo el experimento leyendo estos Libros. No podemos morir a la Era que termina sin asimilar las enseñanzas del pasado, renaciendo a la Era Nueva. Los astros nos guían y alumbran...

L E A y D I V U L G U E

EL HORÓSCOPO DEL MUNDO (La Clave Astral de la Historia y la Era de Acuario que comienza).

ASURAMAYA, EL GRAN ASTRÓLOGO ATLANTE (Con el hundimiento y tragedia del Continente de la Atlántida).

FARAONAS Y SACERDOTISAS DEL ANTIGUO MATRIARCADO EGIPCIO (A partir de su fundación. La más fascinante historia del antiguo Egipto a partir del hundimiento de la Atlántida y las primeras dinastías de Reyes Divinos).

MOISÉS (Su adopción, sus estudios e iniciación en Heliópolis - Mentor del pueblo de Israel - Avatar del mundo occidental).

ORFEO Y LA CÍCLICA EXPEDICIÓN DE LOS ARGONAUTAS (Orígenes de Grecia y de la Civilización Occidental).

Obras ceñidas al importantísimo tema de la Astrología, vivientes relatos ambientados en cada lugar, estudiados y profundizados y especialmente escritos por:

JOSEFINA MAYNADÉ

B. COSTA-AMIC, EDITOR
Mesones, 14 — México, D. F.

TALLERES DE B. COSTA-AMIC, EDITOR
Terminóse el día 5 de marzo de 1967
Edición de 3,000 ejemplares

E. D. H. A. S. A.
Avda Infanta Carlota, 129 - Barcelona
Reg. Empresas Importadoras
de Publicaciones Extranjeras n.º 73
Reg. n.º 4065.68

ALGUNOS "BEST SELLERS" PUBLICADOS POR NUESTRA FIRMA EDITORIAL

PICARDIA MEXICANA, A. Jiménez (28 ediciones)

CRONICA DE LA REVOLUCION MEXICANA (13 ediciones), Roberto Blanco Moheno

RENUNCIA AL COMUNISMO (5 ediciones), Carlos Manuel Pellecer

HISTORIA DE LA REVOLUCION MEXICANA (8 ediciones), José Mancisidor

EL MEXICANO ENANO (3 ediciones), Oscar Monroy Rivera

MEMORIAS DE LA BANDIDA (3 ediciones), Eduardo Muñuzuri.

MEXICO BARBARO (2 ediciones), John Kenneth Turner

MISION SECRETA EN EL VATICANO (3 ediciones), José Natividad Rosales

TRAS LAS REJAS DEL VATICANO (2 ediciones), José Natividad Rosales

JUAREZ ANTE DIOS Y ANTE LOS HOMBRES (5 ediciones), Roberto Blanco Moheno

LAS HORAS VIOLENTAS (5 ediciones), Luis Spota

MAS CORNADAS DA EL HAMBRE (5 ediciones), Luis Spota

CRONICA DE UN PAIS BARBARO (2 ediciones), Fernando Jordán

UTILES DESPUES DE MUERTOS (2 ediciones, 17,000 ejemplares), Carlos Manuel Pellecer

---

B. COSTA-AMIC, EDITOR
Mesones, 14 México, D. F.